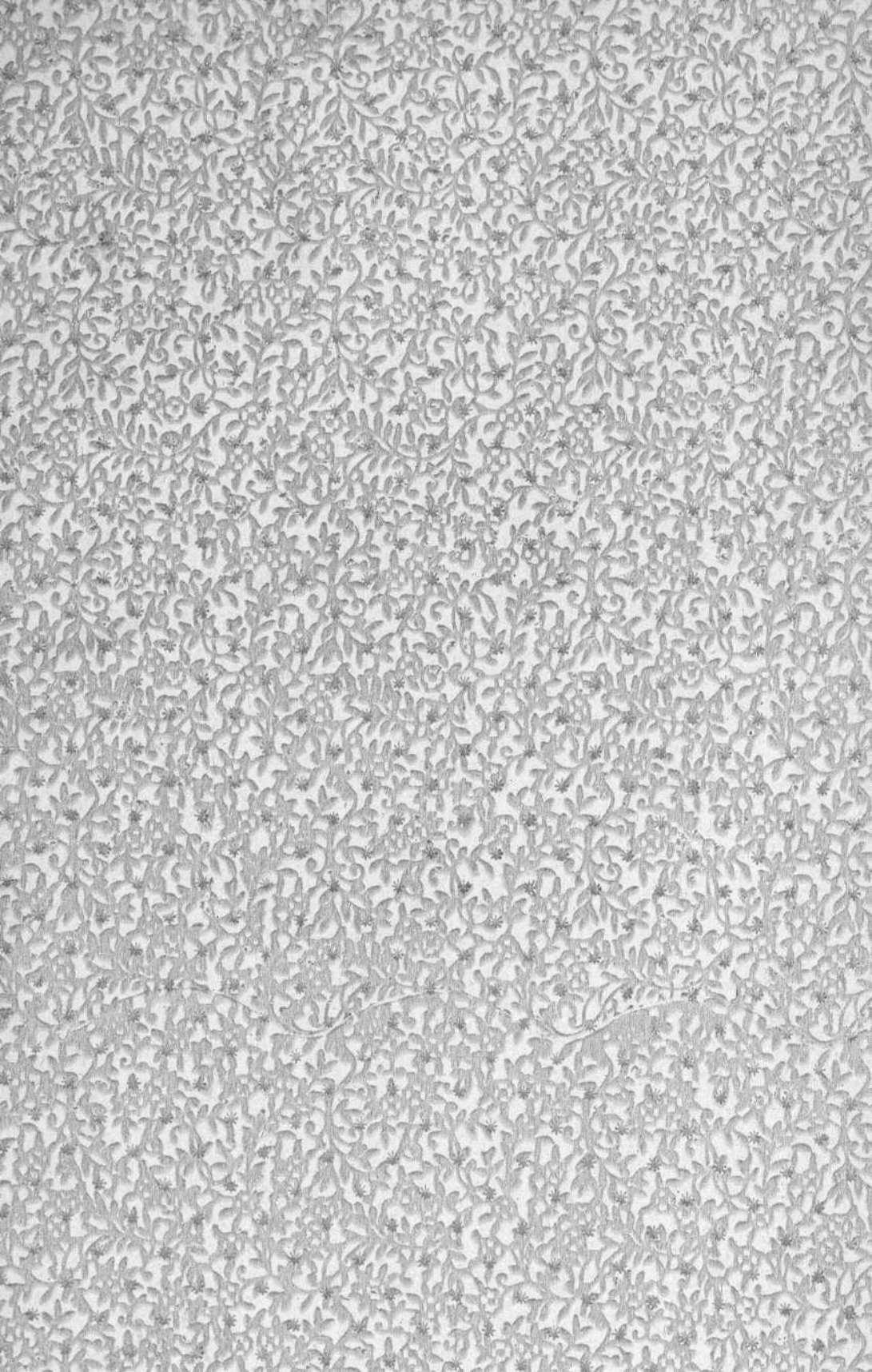
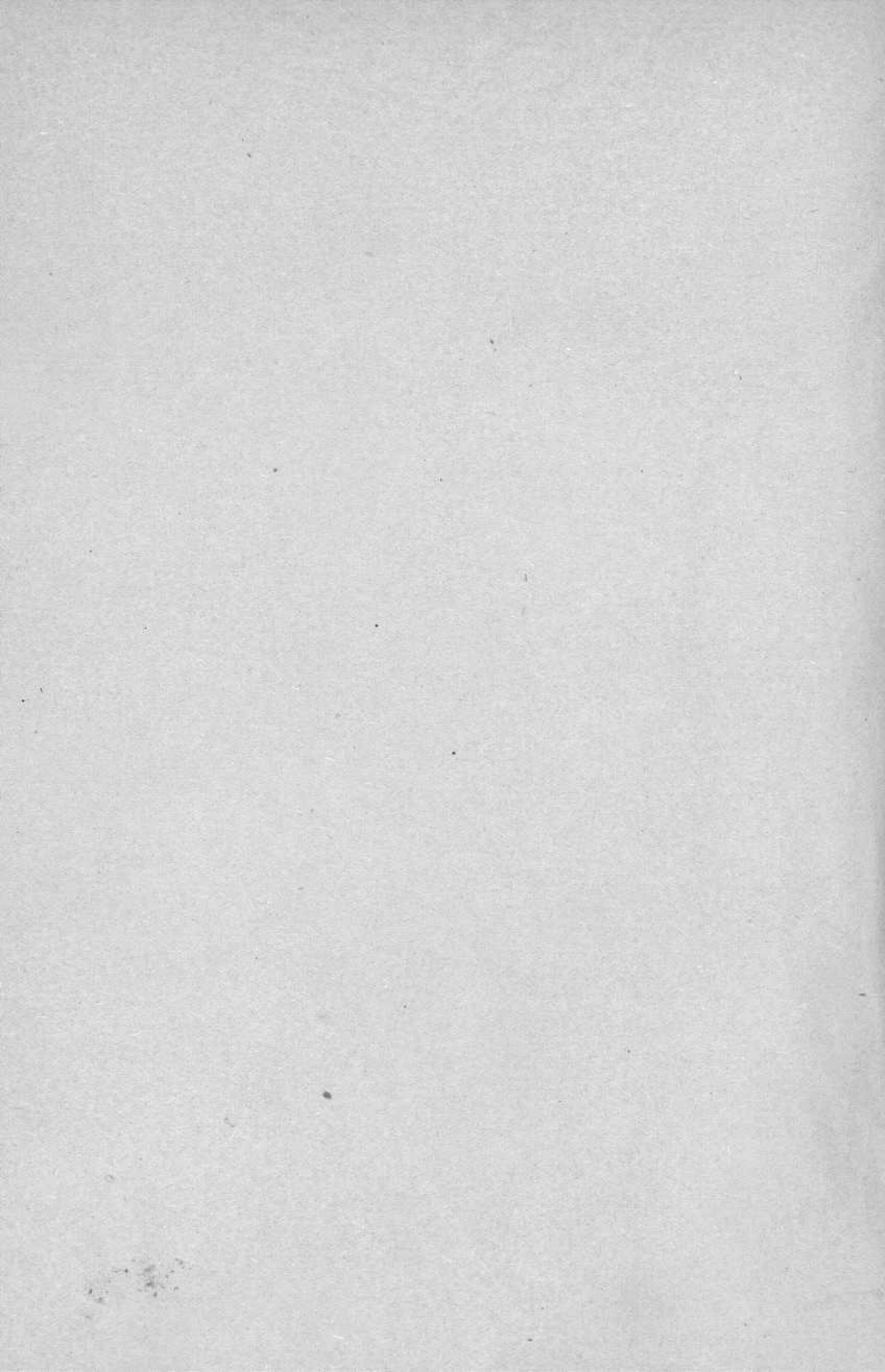
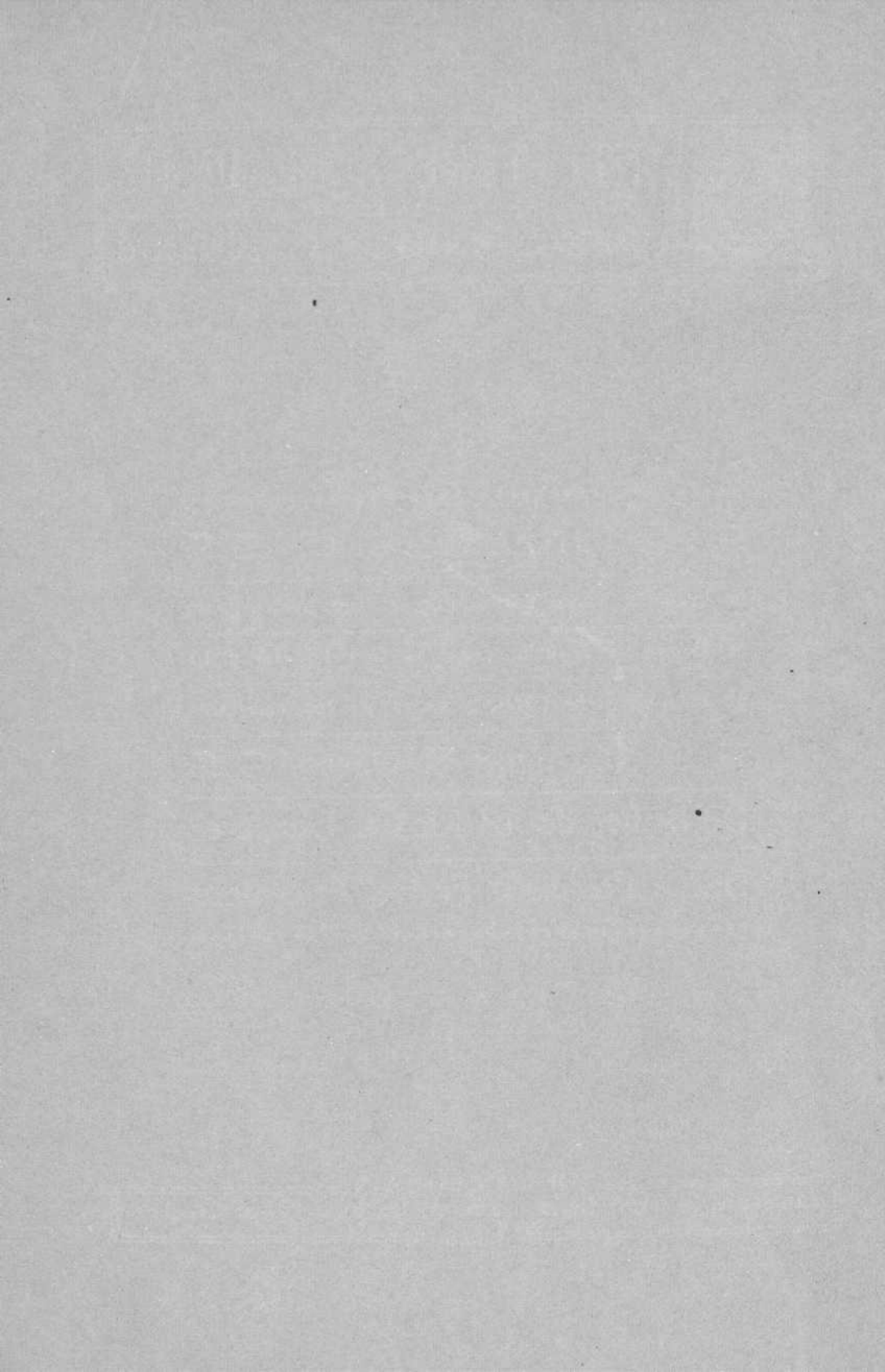


3.









SANTA TERESA DE JESÚS

EN EL

CUARTO CENTENARIO DE SU NACIMIENTO



SANTA TERESA DE JESÚS

EN EL

CUARTO CENTENARIO DE SU NACIMIENTO

.....
S S CONFERENCIAS S S

dedicadas a Santa Teresa por la Muy Ilustre Junta

de Damas de Barcelona, en los días 10, 15 y 17

de Diciembre de 1915, a cargo de los escritores

S S D. Miguel S. Oliver S S

D.^a Blanca de los Ríos de Lampérez

Dr. D. Francisco Frutos, Presbítero

.....

BARCELONA

Librería LA HORMIGA DE ORO, Plaza Santa Ana, 26

1916

NIHIL OBSTAT

El Censor,

LIC. LUIS CARRERAS, PERO.

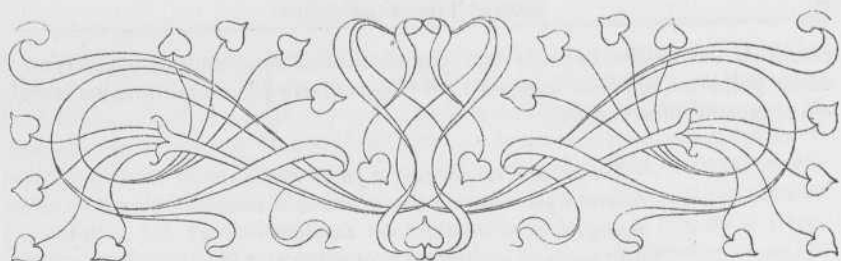
Barcelona, 15 de Marzo de 1916.

Imprimase:

ENRIQUE, OBISPO DE BARCELONA

*Por mandado de Su Sria. Itma. el Obispo,
mi Señor,*

DR. FRANCISCO MUÑOZ
Arceipreste. Secretario.



SANTA TERESA DE JESÚS

La mujer y la española

EXCMO. E ILMO. SEÑOR:

SEÑORAS Y SEÑORES:

El siglo XVI, y Castilla en ese siglo, constituyen uno de los mayores espectáculos de la historia. La herejía protestante en Europa; la sublimación de la creencia en el seno del catolicismo; el renacimiento, que transforma las artes y las letras, que se bifurca corrientes tales como la humanística y bienhechora, tan fecunda en España con los secuaces de Erasmo, y la francamente pagana y corrompida; un impulso general de purificación y defensa de la fe respondiendo al de destrucción y de libre examen; un pueblo que desde los oprobios y vilezas del reinado de Enrique el Impotente se encumbra con pasmosa rapidez, alcanzando su unidad territorial con la rendición de Granada, su unidad espiritual con la expulsión de los infieles, su ensueño de unidad ibérica con la reunión de los tres reinos peninsulares, su utopía de unidad planetaria con el descubrimiento de las Indias... No por jactancia, sino con toda verdad y razón, pudo López de Gómara escribir en el frontispicio de su *Historia de la Conquista de Méjico* este lema de triunfo: *Hispania Victrix*, proclamando que, después de la Creación del mundo y de la Pasión y muerte de Aquel que lo creó, ningún suceso mayor había presenciado las edades que ese del hallazgo y conquista del Mundo Nuevo. Con no menos verdad y razón pudo

cantar Acuña, poniendo como una cúpula de cesárea grandeza, en el tono y en las palabras, al breve momento del imperialismo y la monarquía universal, estos memorables versos:

*Ya se acerca, Señor, o ya es llegada
la edad gloriosa en que promete el cielo
una grey y un pastor solo, en el suelo
por suerte a nuestros tiempos reservada.*

*Ya tan alto principio en tal jornada
os muestra el fin de vuestro santo celo
y anuncia al mundo, para más consuelo,
un monarca, un imperio y una espada.*

Y como actores, conductores o sostenes de esa fugaz pero magnífica y deslumbrante epopeya, una legión innumerable de caudillos, soldados, aventureros, doctores, místicos, poetas, humanistas, dramaturgos: una verdadera «nación de teólogos armados» y militantes, de gentes que con la espada y con la pluma, en la acción o en la contemplación y el ascetismo, defienden, custodian y ensanchan, material y espiritualmente, las fronteras de ese imperio, nunca conocido. Y en medio de ese estruendo y de ese bullir de unas generaciones todo intrepidez, osadía y virilidad; descollando sobre las murallas vivientes de los famosos tercios, surgiendo entre los hierros afilados de las alabardas y las picas, entre el fulgor de acero de los mosquetes y las corazas, aquellas flores femeninas, aquellas rosas de pasión, blancas y moradas, emblemas de martirio y pureza, todas miel en el cáliz, que a la manera de Santa Teresa de Jesús, su más inclito ejemplo y representación, comunicaron a la santidad una gracia mujeril imperecedera, templando aquej fragor y aquel acre y violento heroísmo, con un arrullo de tórtolas celestiales.

Acerca de esta mujer extraordinaria voy a discurrir sucintamente, en plática familiar, defiriendo a la amable invitación de la Junta de Damas que, al disponer las presentes conferencias con el fin benéfico que todos sabéis, ha querido incluirme, ignoro todavía por qué títulos, en la breve lista de honor de los encargados de darlas. De lo que significa Teresa de Jesús en la historia de la Iglesia y en el campo de la teología católica, de lo que representa en el de las letras castellanas, hablarán con todo ahinco y, desde luego, con indisputada competencia los ilustres especialistas a los cuales tan benévolamente se me ha equiparado. Sin renunciar yo al examen de tales aspectos, porque nada hay en esa vida que pueda dissociarse y que no venga íntimamente trabado y confundido, procuraré concretarme a su semblanza de mujer y de española, tipo culminante de su raza y su tiempo. Si pudiera aplicarse un lenguaje puramente secular al estudio de tan insigne figura, despojándola de su indefectible significación religiosa, eso fuera lo que me propondría en primer término, porque, aun limitada a lo humano, aun sustraída a la aureola de la santidad y al honor de los altares, había de descollar como una de las más elevadas y excelsas apariciones de su sexo sobre la tierra y en cualquier siglo o nación en que la encontrásemos.

Acaba de decirse, acertadamente, que todos los escritos de Santa Teresa giran alrededor de sí misma. No sólo en sus *Cartas* y en su *Vida*, mas también en las *Fundaciones*, en el *Camino de perfección*, en las *Morudas*, en dondequiera, no hallaremos sino historia personal suya, externa o íntima o de su acción en el mundo y en medio de sus contemporáneos, o de las vicisitudes de su espíritu sediento de Dios y levantándose a las mayores alturas del éxtasis, del vuelo seráfico, de la comunicación con lo Absoluto. Pero, con tratar siempre de sí propia y de sus cuitas, de sus penalidades, de su sequedad y tibieza o de los favores insólitos con que el cielo acude a rendirla y anonadarla, nada menos empalagoso ni petulante que su producción, la cual, a fuerza de sinceridad y modestia, acaba por parecernos plenamente objetiva. Modestia he dicho, y no es esa la palabra adecuada. Modestia puede suponer conocimiento de la vanidad y santo temor de incurrir en ella, mientras que lo que nos sorprende en tales libros, autobiográficos todos, lo que nos seduce y arrastra a proseguir en su lectura es algo superior a esa virtud y al vicio que se le contrapone, algo anterior a la modestia y la vanidad mismas; como que cae más allá de ellas y es tan sólo inocencia o pureza de espíritu magníficamente aliadas con la discreción.

Nada ciertamente tan enfadoso en las letras profanas como el achaque de hablar de sí mismos los autores, bien en formas ostensibles y directas, bien bajo el velo de alegorías o personajes adrede introducidos para satisfacer, a un tiempo, hipócritamente, las exigencias del vicio y las de la virtud. Aun entre las mayores categorías del entendimiento, esa exhibición personal y egolátrica acaba por hacerse insoportable. El tino que se requiere para tal suerte de confidencias y limpiarlas de todo resabio de afectación es cosa a muy pocos concedida; y el lector no sabe qué preferir a veces: si la franca ostentación y endiosamiento en unas memorias a la manera de Chateaubriand y los demás románticos, o el esconderse con aires de reserva maligna, según las mixtificaciones de los stendhalianos, o las apoteosis bajo seudónimo a estilo de D'Annunzio. De esto que se llamó con razón el *narcisismo* literario, ha surgido en las almas austeras, en los espíritus serios y amigos de la naturalidad, una comprensible ojeriza contra todo género de literatura personal y anecdótica, de la misma suerte que el abuso de la fotografía la está produciendo contra el retrato, ni más ni menos que como una alarma del pudor mental ante esa verdadera liviandad del talento.

Claro que no se trata aquí de aquellas memorias o libros de recuerdos en que la personalidad de quien las escribe se anula y desaparece engolfada en la realidad exterior que toma como asunto, a manera de los antiguos cronistas. No se trata de esos hombres que vivieron una vida o una época interesante y la describieron, no por amor de sí mismos, sino en obsequio de la verdad y para dejar a los venideros el trasunto de las grandes escenas y de los personajes famosos que presenciaron o conocieron, como hizo, verbigracia, el duque de Saint-Simon. Me refiero a esos otros el objeto de cuyos libros es la propia apología o el relato de sus aventuras, sus triunfos, sus pasiones y sus adversidades. Pocas se salvan del escollo de la egolatría o la simulación si no es cayendo en el del cinismo, unas veces trascendental, como en Rousseau, otras inconsciente y sin norma de virtudes o de crímenes,

como en Benvenuto Cellini y Casanova, o, para buscar ejemplos nacionales y contemporáneos de Teresa, en un Alonso Contreras o un Miguel de Castro, flor de los aventureros y desalmados de su época.

Pero ante el caudal autobiográfico de la insigne abulense nadie titubeó hasta ahora ni pudo sentir asomos de aquella contrariedad. Un mismo recuerdo y un mismo nombre vinieron instantáneamente, por comparación, a los labios o la pluma de quienquiera que lo comentase; y habréis adivinado, sin duda, que me refiero a San Agustín y a sus imperecederas, inefables *Confesiones*. ¿Cómo será que de ellas, lo mismo que de los escritos de nuestra Santa, desaparece toda sospecha de vanagloria aun con no tratarse más que de recuerdos personales? El secreto de esta inmunidad no puede ser más obvio: lo que las hace limpias y exentas de todo prurito de exhibición, de todo afán de renombre, es que tan sólo externamente y en los episodios que les sirven de punto de partida tratan de la criatura y persona del autor. En medio de su aparato subjetivo y de su continua introspección anímica son esencialmente ontológicas y objetivas, como que su asunto y su verdadero personaje se reducen a Dios, y la busca de Dios, y el hallazgo y presencia de Dios en el centro del alma. Lo divino llena, pues, esas páginas, desde la primera a la última, y las redime de toda intención profana de deslumbrar a las gentes con el espectáculo de una existencia gloriosa, o de captar sus simpatías con el relato de patéticos infortunios, o de despertar su envidia impotente con el de grandes éxitos artísticos, amorosos, mundanos. En ellas, por el contrario, el autor se deprime continuamente, no con falsas protestas de pequeñez ni con el estudiado propósito de que resalten sobre esa humildad aparente las regias mercedes que recibe de lo alto, sino con todo el fervor de un alma atribulada que tiembla de no merecerlas y que quisiera borrar de su existencia y extirpar de su carne, con fuego y cuchilla, todo rastro de los años perdidos en la incredulidad, en el pecado y en la tibieza.

Mas al comparar a Santa Teresa con San Agustín por lo que tuvieron ambos de historiadores de sí mismos y por la peregrina hermosura de sus confidencias, no llevemos esta semejanza más allá de lo debido. Santa Teresa gustó de llamarse *pecadora* y de tratar una y otra vez de su *conversión*, como si hubiera vivido algún tiempo fuera de la ley de Dios, en paganismo y licencia, como vivió realmente el gran obispo de Hipona, antes de su maravillosa consagración a la doctrina del Crucificado. Sin presumirlo, por sencillez e ingenuidad, ofreció armas al racionalismo inducto y a la literatura basta y de combate para alterar y calumniar monstruosamente, soezmente, su noble figura. A fuerza de hablar de pecados, de culpas y de desvaríos, vinieron muchos a identificar su caso con el de las grandes extraviadas que, en el primer momento del Cristianismo, pasaron del culto de la sensualidad al de la maceración y la pureza. Sus decantadas prevaricaciones, sus grandes pecados reducíanse a vivir vida secular, pero muy santa, en el seno de una familia honorable, a no haber oído todavía la vocación del claustro y a tener la fortuna o la desdicha de agradar a las gentes y de que los mozelos la requiebraran y bendijeran. Digámoslo sin rodeos: los famosos pecados de la Santa no son más que escrúpulos infantiles, o son tan sólo pecadillos veniales que la perfección de sus últimos tiempos se complacía en abultar de una manera

hiperbólica. Su pretendida época de extravíos o profanidades vitandas, no duró, según ella misma confiesa, más que algunos meses y cuando aun no había cumplido los catorce años. Entonces, en esos tres o cuatro meses «comencé—dice— a traer galas y a desear contentar en parecer bien, con mucho cuidado de manos, cabello y olores, y todas las vanidades que en esto podía tener que eran hartas, por ser muy curiosa». Apelo ahora a mis discretas y gentiles oyentes para que juzguen si es cosa tan grave y materia de tanta abominación y menosprecio de sí misma todo eso de las galas y del cuidado de manos, cabello y olores...

Acuérdome a este propósito de una verdadera maravilla poética de nuestro Verdaguer: es la historia de aquel tierno niño, a quien embelesaba tarde y noche en su *masía*, el canto de un ruiseñor, escondido entre los árboles del arroyo. Cierta día, sin saber lo que se hace, coge una piedra, la tira y mata al pequeño cantor. La tribulación y el desconsuelo de aquella pobre criatura, su angustia, sus sollozos y su hipo de lágrimas, yo no recuerdo nada tan tierno ni dulce en poeta alguno de la tierra. La madre no sabe cómo disipar la inmensa congoja del muchacho que se duerme al fin sobresaltado y convulso; y he aquí que a la mañana siguiente, a punto de alborear, la una envuelta en su capucha y el otro en su tapabocas y su barretina, como dos figurillas de Nacimiento, emprenden el camino de la iglesia, donde el terrible y angelical facineroso, cae a los pies del confesor, y entre llantos y sacudidas, confiesa su crimen e implora la absolución sacramental. Confortado y regenerado con ella vuelve por el mismo camino a la casa de labranza, mas con una gravedad y noble melancolía en los ojos, que ya no hubieron de desampararle nunca.

Pues bien: ¿esos espantos de Santa Teresa por su vida pasada y por sus pecados y apartamiento del verdadero camino y la verdadera luz, no son del mismo género, de la misma familia, de la misma pureza, que esos otros de la pobre criaturita que *había matado un ruiseñor*? Todo lo confirma en esa existencia de mujer tan deliciosa, tan castellana, tan del siglo XVI, como que en ella se compendian los rasgos más característicos de su nación y su tiempo. Teresa de Cepeda y Ahumada, nacida, como sabéis, en 1515, de familia hidalga y en buen acomodo, aunque no de la primera fortuna; con otras tres hermanas y nueve hermanos, se ofrece como un ejemplo de precocidad y desenvoltura infantil, de agrado, de simpatía y don de gentes, desde sus años más tiernos. Placía a todo el mundo y sentía el contento de ese agrado. A través de su *Vida*, de sus cartas y sus recuerdos, nos parece verla en el viejo caserón avilés o en el de sus parientes, donde pasaba temporadas cortas, llenando esas viviendas castellanas de su propia animación y alegría. Es ella la que dispone el estrado, la que bruñe el velón, la que registra la alacena. Es ella la que recibe con agasajo a los parientes, y por ella preguntan a la puerta los mendigos, los menesterosos, los gañanes que vuelven de la labor. Es hacendosa y contemplativa, resuelta y prudente, ensoñada y trabajadora. Ya desde estos días infantiles siente dentro de sí la fusión de Marta y María, que será la fórmula de su misticismo, peculiar y *sui generis*. Allá en la huerta de su casa—una huerta castellana y todavía medieval, como la de Melibea, con unos arriates de flores, unos rosales, unos cipreses— juega con

el hermanito predilecto a juego de ermitas y monasterios que construyen con piedrezuelas, sobre montículos y terrones, en disposición de *ex-voto* infantil y primitivo.

Se han familiarizado con las vidas de los santos mártires explicadas en el sermón, en la doctrina, en las veladas junto al fuego. No viven ni reposan pensando en aquellos varones excelsos, en aquellas vírgenes de cabellos de oro, cuyos suplicios compadecen y admiran en estampas y retablos. Urden una escapatoria para abandonar la casa de sus padres y, con divina ignorancia del mundo y aun de la propia topografía nacional y de su comarca, proyectan huir a tierras de infieles, creyendo que a dos pasos se han de hallar en Berbería, en Damasco, o donde unos sayones malcarados y provistos de corvos y afilados alfanjes sieguen sus tiernas cabecitas. En el fondo de sus almas creyentes palpita también el espíritu de aventuras. La madre de Teresa es en extremo aficionada a los libros de caballerías; devóralos día y noche, de claro en claro y de turbio en turbio, como poco después el famoso hidalgo manchego imaginado por Cervantes a la vista de aquella fiebre general. Cuando su labor no le permite leer por sí misma o sus ojos se han fatigado recorriendo capítulos y más capítulos del *Amadís de Gaula* o de las *Sergas de Esplandián*, encarga a su hija de proseguir la lectura en alta voz. Y tanto puede el contagio que la niña se atreve a ensayar la composición de una novela de aventuras, muy antes de presumir que Dios había de hacer de ella, aunque por vías diferentes, una escritora insigne.

¿No es verdad que toda esa parte de la biografía teresiana, trasciende todavía a Edad Media y parece enlazarse con los ejemplarios y leyendas del siglo anterior harto más que con las realidades de su tiempo? También en la modalidad de los espíritus y en los textos literarios se advierte, tanto como en la arquitectura, el momento de la transición y es posible distinguir los elementos arcaicos o góticos de los nuevos y renacentistas, formando la deliciosa amalgama de lo plateresco. En esta criatura predestinada, como sedimento de la edad anterior y como sello de estirpe, perdura el espíritu aventurero de la caballería, casi extinguida ya como institución histórica. Caballeros andantes del pensamiento fueron y paladines del Señor los primeros místicos y ascetas de esta centuria; de «aventuras a lo divino» viéronse calificadas sus empresas; en las fundaciones y cuerpos que crearon se les vió adoptar insensiblemente nomenclatura y formas de milicia, a la manera de San Ignacio de Loyola, y hasta cuando ya no se escribían libros de caballerías propiamente tales, se redujo a disposición y argumento de novela de aventuras, de estas llamadas a *lo divino*, la vida de nuestro Redentor, el paladín por excelencia.

Este primer fondo o reminiscencia de la niñez, que tanto avivó sus predisposiciones imaginativas, no debía desamparar nunca del todo a Teresa de Cepeda. Breve, muy breve, como hemos visto ya, fué el período en que la graciosa adolescente pudo tener resabios de lo que ahora llamamos una *romanesque*; pero esa inquietud ideal que implicaba la caballería militante, ese desbordamiento y consagración de la vida a una obra constante, interna y externa, de perfección propia y de perfección social, en que consistía lo caballeresco en su esencia, eso no le desamparó nunca y fué como secreto resorte de su prodigiosa actividad, con la fortuna inaudita de haber permane-

cido siempre mujer. Mujer antes que todo y por encima de todo: mujer, y mujer castellana, cuando emprende la reforma del Carmen, cuando la realiza triunfando de todas las dificultades, obstáculos y persecuciones; cuando por obediencia compone sus libros y nos relata y describe los más inefables coloquios que persona mortal haya mantenido con su Creador y el de todas las cosas; mujer escribiendo, mujer actuando, mujer realizando una de aquellas grandes transformaciones y empresas que se dirían reservadas únicamente a la capacidad varonil de un estadista.

Veámoslo brevemente: la escritora...—Cualquiera creería, a juzgar por su celebridad verdaderamente universal, por el número inaudito de sus lectores, por el hecho de estar sus obras traducidas a todos los idiomas del mundo, que se trata de un literato de formación sistemática, producto de academias y universidades, flor de sabiduría. Y sin embargo, Santa Teresa no fué un gran escritor femenino: fué únicamente una mujer que resultó un grandísimo escritor, sin proponérselo y a pesar de no tener preparación de escuelas, ni de lecturas, ni de estudios, ni de método alguno. Pudiéramos decir que lo fué a causa de esto mismo. En cuanto a lecturas profanas ya hemos visto cuáles fueron las suyas: unos cuantos libros de caballerías. Por documentos e inventarios de familia, que se han publicado no hace mucho, sabemos además que su padre tenía, como la mayor parte de los caballeros españoles de su tiempo y condición, una pequeña biblioteca, mejor diríamos, un estante de libros. Reducíanse, uno más uno menos, al *Retablo de la vida de Cristo*, por Juan de Padilla; a las poesías sagradas de Fernán Pérez de Guzmán; a los *Oficios* de Marco Tulio, seguramente en la traducción de Alonso de Cartagena; a la *Consolación de filosofía*, por Boecio, en su versión sobre el texto catalán de Sapllana; a un Virgilio; a la *Gran Conquista de Ultramar*, novela de aventuras del ciclo carlovingio; a los dos poemas de Juan de Mena, *Las trescientas* y la *Coronación*; a un *Lunario*... Tal es el reducido acopio familiar de que pudo echar mano Teresa. Pero de todas esas fuentes apenas queda rastro, mejor dicho, no queda ninguno en sus escritos, y es, por lo tanto, muy dudoso que las aprovechara.

En cuanto a las otras, esto es, a las de carácter religioso, un eminente hispanista extranjero, Morel-Fatio, las puntualizó hace algunos años en un estudio irreprochable. He aquí, en resumen, las lecturas de que se hallan vestigios o referencias en los escritos de la santa. En primer lugar las Escrituras, y aun éstas, no conocidas directamente, sino por divulgaciones y extractos, en los libros de rezo, en los sermones o en manuales como el de *Evangelios y Epístolas*, de Montesinos, porque la Biblia en vulgar fué mirada siempre de reojo y finalmente prohibida desde el índice de 1551. Observemos de pasada que entre todos los episodios del Nuevo Testamento la cautivaron especialmente y volvió sobre ellos infinidad de veces, la conversión de Magdalena, el conmovedor dualismo de Marta y María y el encuentro con la Samaritana. Después de las Escrituras, las vidas de Santos, cuya primera y honda impresión en la niñez ya se ha manifestado; y, a continuación de los textos hagiográficos, las *Confesiones* de San Agustín. El efecto que produjeron en su alma fué extraordinario: cuando llegó el instante de la conversión, en la escena del huerto, creyó que verdaderamente el Señor también

le había hablado a ella. Y era peculiarmente aficionada a San Agustín, porque el convento donde Teresa estuvo de seglar era de su Orden y además—son sus palabras—porque *fué pecador*, y ella se creía también del oficio: una gran pecadora. Alguna de las ideas matrices y casi la idea central del misticismo agustiniano, aparecen repetidamente en la producción de Santa Teresa: siempre que hallaba a Dios en su espíritu, después de haberlo buscado en vano por calles y plazas, si bien la fórmula del Obispo de Hipona no se halla en las *Confesiones* sino en los *Soliloquios*.

Y después de San Agustín, San Gregorio el Magno, cuyas *Morales* leyó Teresa durante la terrible enfermedad que padeciera en la Encarnación de Valladolid y que, como se sabe, la obligó a salir de la santa casa. Y después de San Ambrosio, Ludolfo de Sajonia el *Cartujano*; y luego el Kempis o tratado de la *Imitación de Cristo*; y en seguida el *Arte para servir a Dios*, de Alonso de Madrid, y el *Abecedario espiritual*, de Francisco de Osuna, que le enseña la oración de recogimiento, ya explicada por algunos de los místicos alemanes y flamencos; y la *Subida del Monte de Sión*, del lego minorita Bernardo de Laredo, y el *Reloj de Príncipes*, y el *Oratorio de religiosos*, de Antonio de Guevara, obispo de Mondoñedo, de tan inmensa popularidad en sus días; y el *Tratado de la Oración*, de San Pedro de Alcántara, y, por último, los libros ascéticos del Padre maestro Luis de Granada, especialmente la *Guía de pecadores*, de cuyo hechizo y deleite no se cansaba nunca la ilustre carmelita, como que se mantiene vivo y eficaz, no obstante su edad... Cuando el abate Marchena, después de una vida de apostasías y locuras revolucionarias, volvió a España con el rey José, traía en sus bolsillos un ejemplar mugriento de esa *Guía*, inefablemente consoladora. Era el único recuerdo español que no le había abandonado un instante en veinticinco años de peregrinación, acompañándole, inseparable y secreto, en los clubs de Marat, en la trágica huida de los Girondinos y en los calabozos del Terror, mientras esperaba la hora del cadalso.

Perdonad esta digresión y lo pesado del recuento. Y digamos que tales son las influencias, las lecturas que expresa y virtualmente han podido ser identificadas y comprobadas en la producción de Santa Teresa; tales los elementos de su formación doctrinal. Importa añadir un breve comentario explicativo: todo eso que leyó o conoció fué sin intención ni finalidad alguna literaria. Nada más lejos de su ánimo que convertirse es una mujer sabia ni cultivar sus facultades con una preparación intelectual. Esos libros devotos eran los que leían todas las personas de su condición, mirando sólo a la vida eterna y al cuidado de su alma. Ni se tome al pie de la letra el título de Doctora con que por antonomasia se la decoró después, en méritos de su doctrina revelada, mas no aprendida en bibliotecas ni en abstrusas investigaciones. Mucho se engañaría quien por tal designación la emparejase con los prodigios femeninos que deslumbraron a sus contemporáneos: con una Beatriz Galindo, con una Oliva Sabuco, si realmente fueron de su pluma los trabajos que corren bajo tal nombre. La santa avilesa, nació dotada de un gran ingenio, pero siempre fué el suyo un ingenio lego y jamás ocultó su aversión hacia todo linaje de suficiencia extemporánea o superpuesta, como así lo declaran en las informaciones de beatificación cuantos la conocieron y trataron.

La Madre María de San Francisco recalca esa carencia de lectura, como no fuera de libros devotos y al alcance del común sentir de las gentes. El P. Diego de Yepes, uno de sus confesores y su primer biógrafo, dice «que jamás tuvo curiosidad de entender una palabra de latín como lo hacen tantas monjas que se precian de bachilleras y entendidas.» En sus cartas confirma la propia Santa que nunca llegó a descifrar una línea de la Vulgata. Alguna vez trató con visible despejo a tal o cual novicia que alardeaba de traer y donar al convento una biblia latina. Y recuerdo en este momento el párrafo que dedicó en su respuesta a una carta de la priora de Sevilla: «Muy buena venía—dice—si no trajera aquel latín. Dios libre a mis hijas de presumir de latinas. Nunca más le acaezca, ni lo consienta. Harto más quiero que presuman de parecer simples, que es muy de santas, que no tan retóricas...»

De aquí, precisamente, el alto valor literario de Santa Teresa, cifrado en producir los mayores efectos y expresar las cosas más profundas, delicadas o inasequibles con la menor cantidad que pueda darse de ingredientes de cultura y técnica artística. Era un caudal que se ignoraba a sí mismo y que fluía limpio, sosegado y con olvido de toda preocupación de autor. Nunca se han expresado misterios tan recónditos del corazón, ni raptos de la mente tan audaces, ni fenómenos y operaciones del alma tan maravillosos y sublimes, como que implican el contacto de lo natural con lo sobrenatural y divino; nunca se ha expresado ese orden de relaciones inmateriales, diríamos, y de «acto puro», con palabras más llanas, más sencillas, más humildes, más frescas de cuantas atesoraba entonces el lenguaje popular, en los campos y en las ciudades vetustas de Castilla. No hay pasaje de las *Moradas* o de la *Vida* y el *Camino de perfección* donde no debamos recordar aquel prodigio de la *palabra viva* que, en contraposición a la artificiosa y calculada, constituyó el programa estético del inolvidable Maragall. Las imágenes de la peregrina abulense, sus comparaciones y su vocabulario son los de la ricahembra castellana, hacendosa y de cabeza firme, criada en el señorío pero entre labriegos y en medio del trajín de las labores del campo o de los quehaceres domésticos, en uno de los interiores cuyo tipo inmortalizó Cervantes, al describir la casa de don Diego de Miranda, el Caballero del Verde Gabán.

Reinan en ellos la abundancia, la sencillez, la cortesía, la limpieza y aquel silencio que con frase suprema llamó *maravilloso*. En ese noble silencio, en ese ambiente, hubo de crecer la joven todo despejo y simpatía, todo agasajo y efusión zalamera. Su sistema de metáforas y locuciones movidas y vivaces está tomado por completo de la vida familiar y la vida del campo, observadas directamente, no a través de los libros y las tradiciones retóricas. Háblanos de la rueca y del lino, del horno y de la colada, de la huerta y de sus pajarillos. Un vaho salubre, como de lagar y de granero, corre por sus páginas. Las hormigas, las abejas, las cigarras, las mariposas, aparecen en sus símiles, una y otra vez, formando graciosa teoría ornamental, y hay en su prosa una fragancia de santidad evocada por otra de limpieza: de blanca mantelería guardada en el arca entre manzanas y membrillos olorosos. Todo es allí fresco, viviente, casto como el agua; todo es inmediato y directo, traído de la vista a la pluma sin prejuicio alguno, ni deseo de admirar, ni reminiscencia literaria que tuerza la frase o el concepto en

sentido de una imitación preconcebida. La idea de escritura desaparece en absoluto, como si se tratase tan sólo de estenografías con que un fiel discípulo de Santa Teresa hubiese reproducido el vuelo de su palabra y de sus confidencias vertidas de viva voz.

¿Cómo no habría de enojarse Fray Luis de León, en quien se hermanaban el humanista doctísimo y el hombre de mejor gusto que ha surgido de Castilla, contra los primeros editores de Santa Teresa, empeñados en pulir y rizar, con ricollos retóricos, ese prodigio de prosa habalada? Porque, y así lo asegura el maestro, «en la forma del decir, en la pureza y facilidad del estilo, y en la gracia y buena compostura de las palabras, y en una *elegancia desafeitada* que deleita en extremo, dudo yo que haya en nuestra lengua escritura que con ellos iguale.» Y añade, en otro lugar, caracterizando todavía con más agudeza y precisión esa forma, a ninguna otra referible: «que hacer mudanza en las cosas que escribió un pecho en quien Dios vivía y que se presume le movía a escribirlas, fué atrevimiento grandísimo, y error muy feo querer enmendar las palabras, porque si entendieran bien castellano, vieran que el de la madre es la misma elegancia. Que aunque en algunas partes de lo que escribe, antes que acabe la razón que comienza la mezcla con otras razones, y rompe el hilo comenzado muchas veces con cosas que ingiere, mas ingiérelas tan diestramente, y hace tan buena gracia la mezcla, que ese mismo vicio le acarrea hermosura y es como el lunar del refrán, que en vez de afean, favorece infinito...» «Así que yo las he restituído a su primera pureza», concluye Fray Luis de León.

Gracias a esa restitución no ha prevalecido el amaño con que se trató de mixtificarlas y podemos saborear en toda su pureza un texto del cual la femineidad de la autora no se ausenta nunca. Portento de escritor, de gran escritor, con la menor liga posible de literato, esto es, de lo que ahora diríamos *métier* o cuquería profesional, nada más lejos de Santa Teresa que las cultiparlantes de Tirso en la centuria siguiente, que las preciosas ridículas o que las *bas bleus* de nuestro tiempo. Su gran distintivo, en las palabras y en las actitudes, es la carencia de toda afectación. Escribe ignorando los secretos y astucias del arte, mejor aun, del artificio, porque arte magnífico es el de hablar escribiendo, y obra también de la misma manera que escribe. De aquí su desenvoltura, su libertad cristiana de respuestas y actitudes: ese algo que desconcierta a los timoratos y a los que no han ahondado todavía en el carácter de la fundadora. Un sereno y como divino regocijo parece flotar sobre sus facciones y sobre sus páginas. No hay en su porte ni en su lenguaje el más leve resabio de tristeza quejumbrosa ni de esa gazmoñería, huraña o pizpireta, que es algo así como la coquetería de la religión. La pureza, lo mismo que la nieve, es blanca: color de alegría. Nada que recuerde la solemnidad trascendental del pietismo jansenista, por ejemplo, ni otro género de *bigoterie*, ortodoxa o heterodoxa, de cuantas tuvieron su momento de auge. Donosamente se burla ella de los falsos *arrobamientos* que, a fin de cuentas, resultan ser tan sólo *abobamientos*, como dice. Disgústale las novicias ensimismadas y tristes, y en alguna carta se queja de las que no salen del tema de sus desgracias, calificándolas de *lloraduelos*, invitándolas a no marearla en adelante con naderías y ridiculeces.

Y así como en ella la gran escritora es todo lo contrario de una literata, así su índole religiosa es todo lo contrario de la mogigatería, como que no consiste en remilgos, ni en dengues, ni en posturas melindrosas, ni en forma alguna aparente y estudiada, sino en efervescencia y tumulto de la fe, indecible en sí misma y en las obras. Obsérvese la llaneza y desenfadado con que pasa por el mundo, y a todos aborda, y de todos solicita, y casi a todos rinde y avasalla: clérigos y seglares, varones y hembras, poderosos y humildes. Sabe salvar con una agudeza las situaciones más difíciles; sus salidas —de las cuales se forma después una larga adherencia apócrifa— desarmen a menudo la prevención o la incredulidad, y esparce en torno suyo una alegría primitiva y simple como de villancico de Nochebuena, resonancia de albugues y zampoñas pastoriles que a toda hora festejaron en su espíritu el nacimiento del Mesías y la gloria del Señor.

Pero esa mujer, tan mujer, y tan castellana, y tan ajena a toda suerte de orgullo mundanal, vivió una de las existencias más agitadas y fecundas que se hayan conocido, demostrando aptitudes asombrosas en su sexo y no menos asombrosas en el otro. Nos maravilla este caso de *surmenage*, no menos que la contemplación y la acción, cada una de por sí, se dieran en grado tan eminente y sublimado en la misma persona, fundiendo el dualismo evangélico de Marta y María. No sé qué deleite no ya simplemente histórico, sino estético y novelesco, produce la lectura de *Las cartas* o de las *fundaciones*, —las cartas sobre todo. No es dado seguir en ellas día por día las fases y facetas de esta actividad múltiple en lo temporal y en lo eterno de la *fémmina andariega y entrometida*,—como el Nuncio Segá, mal informado, la llamó, rectificando después;—de esa mujer que durante veinte años corre sin descanso de ciudad en ciudad, y de pueblo en pueblo, y de convento en convento, y de posada en posada, y de mesón en mesón, por Castilla y Andalucía, desde Avila a Valladolid, a Salamanca, a Toledo, a Madrid, a Sevilla, con sus etapas y estaciones intermedias, tanto como el más aventurero de sus contemporáneos, como Cervantes, como el mismo *Don Quijote*.

Sobre la marcha y en los altos del camino contesta y recibe su correspondencia con un verdadero don de ubicuidad y una lucidez de discurso que sorprenden. Lleva de frente la reforma de una regla que poco a poco se convierte en fundación de una orden, empujando la constitución de innumerables conventos de mujeres y casi otros tantos de hombres, atendiendo a la substancia y a los accidentes complejísimos de esta labor, dominándolo todo. Escribe a sus hijas de religión, a sus parientes según la carne, a sus directores espirituales, a sus colaboradores y adeptos. Cartéase también con preladados, magnates, príncipes, nuncios; con el Rey en persona. No descuida a las prioras de sus casas y las enteras y se enteras de sus dolencias, les dicta los términos de un contrato, y cómo se han de manejar para la redención de un censo, y cómo se ha de conducir tal negocio, y cómo se han de hacer tales reparaciones en el edificio, y dónde se ha de abrir la ventana, y dónde el pozo. Todo lo dispone, todo lo pregunta y todo lo cela andando de una parte para otra, llena de santo fervor y de resistencia increíble, a pesar de sus achaques. Y cuando ha acabado en una de esas cartas, sabrosas como el pan de trigo, sus puntos de reflexión espiritual, o sus consejos a una novicia, o

sus instrucciones para tomar una *freila*, o sus mandatos para enfrenar la liberalidad con personas extrañas, mientras las monjas pasan días enteros sin comer; después de un mariposeo semejante, sóbrale atención para dar las gracias o pedir oraciones, para ponderar los regalillos de la última remesa, para recomendar un jarabe o una *untura*.

Sería difícil hallar, aun en aquella época de insignes trabajadores y *pa-pelistas*, empezando por Felipe II, una existencia más complicada y que reuniera bajo su mano una red tal de asuntos, expedientes, pleitos, escrituras, deudas, intrigas y dificultades, a que proveer inmediatamente y sin dejarlo para otro día. Sólo pensando en presidentes de Castilla como Covarrubias, en Inquisidores generales como el cardenal Quiroga, en Secretarios como Mateo Vázquez o Antonio Pérez, podríamos encontrar ejemplos de una correspondencia y despacho de asuntos exigiendo tal variedad y sucesión de resoluciones, aunque nunca lo hallaríamos* de epistolario escrito con más gracioso descuido, ni más movido y cambiante de matices, saltos, brincos y revoloteos airosos, en los cuales nada omite de interés, antes bien lo puntualiza y recoge todo maravillosamente, como quien juega.

Aquí es donde resplandece y triunfa su naturaleza esencialmente femenina. Es una mujer que rige un estado, el de su orden; que levanta de raíz una porción de «casas», que atraviesa períodos de extrema dificultad, que escribe libros, que se ve denunciada a la Inquisición, que sufre persecuciones, que gestiona negocios tan graves como la autonomía de los carmelitas descalzos hasta formar provincia aparte con ellos, que arrastra con entereza las veleidades y caprichos de la princesa de Eboli, que llega a situaciones para desalentar al hombre más esforzado...

Pues bien: apenada la vemos alguna vez, pero descompuesta o enfurecida nunca, ni nunca perdiendo la serenidad que, por el contrario, cuida de infundir en todas sus súbditas, apartándolas de criterios de violencia contra sus enemigos o delatores, como en el caso de Sevilla, y aun persuadiéndolas de la necesidad de conservar y atraerse a las hermanas díscolas o desleales. Y con todo eso, le queda espacio y memoria para agradecer el agua de azahar o la mermelada, para decirlo a punto que llegaron los últimos confites o el *agnus dei*, para recomendar que los corporales que pidió se hagan de cadeneta con aljófara y canutillos. Hablará a un jurista de la hipoteca y el juro, pero mandándole de paso la más hermosa trucha del Tormes con que acaban de obsequiarla, o trazará a sus hijas de Sevilla planes de conducta con que defenderse de la desaforada persecución, sin olvidarse de transcribir las últimas gracias y dichos infantiles de su sobrina Teresica, o de participarles que supieron a gloria los brinquillos y las confituras, o de ponderarles el trastorno que ella, la fundadora, la mujer fuerte de los Proverbios, sufrió durante el último viaje por habérselo metido una salamanquesa, una lagartija, entre la manga y el brazo...

¡Oh gracia suprema de hacerlo y conducirlo todo de frente, con ligereza, candor y suavidad, pareciendo que no se hace cosa alguna! Sólo ese gobierno concertado y solícito de una vasta república religiosa, combatida por tantas rivalidades o celos intempestivos en una época de ardor teológico y de universal y arrebatada polémica; sólo esa obra estupenda de iniciativa y

de régimen, bastaría en lo humano a acreditarla de portentosa capacidad y a colocarla entre los grandes talentos organizadores, que dan forma y estructura a una civilización, a una sociedad, a un siglo. Pero con esa capacidad objetiva y esa formidable potencia de trabajo, desconcertante en una mujer, coincidía lo otro, el *portento místico*, la riqueza maravillosa de su vida interior, la más calificada y excelsa sin duda, de cuantas descollaron entre los quinientistas españoles...

Qué cosa fué el misticismo y, sobre todo, ese misticismo castellano, no necesitáis seguramente que os lo explique, ni me atreviera a hacerlo con palabras mías. Basta recordar las de aquel varón irremplazable, maestro de maestros, a cuya panoplia es preciso acudir, incluso para buscar armas con que combatir sus doctrinas o defenderse de su arrolladora influencia. «Para llegar a la inspiración mística—dice Menéndez—no basta ser cristiano, ni devoto, ni gran teólogo, ni santo, sino que se requiere un estado psicológico especial, una efervescencia de la voluntad y del pensamiento, una contemplación ahincada y honda de las cosas divinas, y una metafísica o filosofía primera, que va por camino diverso, pero no contrario de la teología dogmática. El místico, si es ortodoxo, acepta esta teología, la da como supuesto y base de todas sus especulaciones, pero llega más adelante: aspira a la posesión de Dios por unión de amor, y procede como si Dios y el alma estuvieran solos en el mundo. Este es el misticismo como estado del alma, y su virtud es tan poderosa y fecunda, que de él nace una teología mística y una ontología mística, en que el espíritu, iluminado por la llama del amor, columbra perfecciones y atributos del Ser, a que el seco razonamiento no llega, y una psicología mística, que descubre y persigue hasta las últimas raíces del amor propio y de los afectos humanos.»

El misticismo—ha podido añadir un insigne paisano mío, don Juan Maura y Gelabert, obispo que fué de Orihuela,—el misticismo no es una ciencia en la rigurosa acepción de la palabra: es mucho menos y mucho más. Y, en efecto, no sigue los procedimientos privativos de la ciencia, pero logra mayores resultados; no va a Dios por las vías del discurso, pero llega a Él por el sentimiento. Porque el místico es al común de los creyentes lo que el genio al común de los mortales. La aridez del razonamiento agosta al hombre genial, la dialéctica lo paraliza; es todo intuición y anticipo, todo vuelo y arrebató de la mente transportada a la visión de las cosas en sí. Y aun pudiera decirse que siempre el genio tiene algo de místico, y viceversa, puesto que sus interpretaciones del mundo y de la existencia son eminentemente cordiales y muy a menudo indeliberadas, pareciendo como una revelación o manifestación de lo divino a través del alma humana por vías de misterio y subconciencia. *Deus in nobis*, decían, aun los paganos, del estado de agitación del vate, de la energía inspiratriz; de suerte que en su más alto sentido la poesía es un fenómeno de mística y operación de la divinidad en el alma humana, que así se convierte en oráculo de lo eterno y traduce con palabras temporales y a los idiomas históricos esas inefables insinuaciones de la suma Belleza y del sumo Bien.

Y, ¿cómo no pensarlo, señoras y señores, a la vista de prodigios tales como este de Santa Teresa y de todos los ascéticos y contemplativos de su

tiempo, que, por unos años, hicieron de la lengua castellana, tan sonora y cuadrangular, tan asentada y maciza, algo ingrávigo y transparente como una *gemma luminosa*? ¡Qué momento aquel para un idioma terreno: Santa Teresa, San Juan de la Cruz, Fray Luis de León! Es realmente el castellano, un instrumento duro para la poesía en sus manifestaciones aladas y vagarosas, en fuerza de la misma regularidad arquitectural, sin ligereza ni contracción posible, que constituye en cambio su magnificencia oratoria. Yo lo he creído así, y lo creo todavía; mas por una especie de magia que no ha vuelto a repetirse, ese idioma grandilocuente, de palabras y oraciones íntegras y rotundas, en manos de aquellos artistas celestiales se hace translúcido y como inmaterial, a la manera de un éter, y llega a propagar con eficacia las ondas más sutiles del piélago de lo infinito, los arrullos más imperceptibles de aquel silencio en que «siente el alma la respiración de Dios» y todo el pasmo y deslumbramiento del espíritu por donde ha pasado Dios «sin dejar rastro visible, como la saeta que no lo deja en el aire»...

Cuando leo estas maravillas en Santa Teresa o en cualquiera de sus contemporáneos y discípulos; cuando la misma abulense nos declara el misterio de la unión estática con graciosas comparaciones de las dos velas que juntan su luz o del agua del cielo que viene a henchir el cauce de un arroyo; cuando San Juan de la Cruz vierte su embriaguez amorosa en versos de tan penetrante, de tan profunda turbación como estos:

*Quedéme y olvidéme,
el rostro recliné sobre el Amado;
cesó todo y dejéme
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado;*

y cuando del *Cántico espiritual* o de la *Noche oscura* del carmelita paso a la *Noche serena*, a la oda a *Salinas*, a cualquiera de las estrofas y pasajes de Luis de León donde se llega a estas claridades pasmosas que parecen alegoría de los seres de la estirpe de Santa Teresa:

*Alma divina, en velo
de femeniles miembros encerrada...*
.....
*Por todo el delicado
cuerpo como por vidrio trasparente
resplandor admirado,
gracia resplandeciente,
divina, se descubre abiertamente...*

entonces vacilo en mi convicción antedicha y pienso que en castellano se han podido expresar las cosas más etéreas y suprasensibles que haya expresado lengua alguna, hasta invadir el reino de la música que es el de la emoción en sí, no ligada a términos, ni a días, ni a lugares, ni a figura determinada. ¿Por qué se desvió después de esa dirección y cayó en las hinchazones del énfasis,

en la pesadumbre de la expresión material, recortada y concreta? Culpa fué del espíritu, que huyó de las generaciones siguientes y dejó de animar la poesía y hacer de ella una transverberación. Ni el amor de la patria ni el amor sexual han encontrado después acentos de mayor intimidad, dulzura y eficacia.

No; no pudieron ser alucinados ni impostores esos seres que, efectivamente, albergaron a Dios en su alma y comunicaron a la palabra mortal el temblor o pasmo de esa presencia inenarrable. Fuera el artificio todavía más extraordinario que el portento, y más difícil de creer; ni hay tampoco superchería que por bien urdida y combinada que sea alcance sobre tiempos y generaciones el señorío que acompaña a Teresa de Jesús, a sus libros, a su memoria. Seguramente, alguno de los ilustres conferenciantes que, con ventaja notoria para vosotros, ocupe este puesto otro día, ahondará con toda competencia en estudio semejante y que cae fuera de mis títulos. Pero, antes de terminar, permitidme que señale una contradicción, una de tantas contradicciones del espíritu moderno, el cual sólo para la mística ortodoxa guarda los rigores de su racionalismo o de su escepticismo, mientras pone sobre su cabeza y erige en golosinas y refinamientos de *snoob*, los místicos alejandrinos, o los germanos y flamencos, o aun esas formas de misticismo gnóstico diluidas en la literatura y la filosofía contemporáneas, desde Mæterlinck a Williams James y Bergson. Oro de ley y oráculo indiscutido es cuanto escribe un Plotino o un Tauler, un Proclo o un Ruysbroeck, y todo sabe a maravilla y prodigio en las *Eneadas*, en los *Desposorios espirituales*, en el *Tesoro de los humildes*. Sólo cuando se llega a nuestros místicos, entran en funciones la crítica y el positivismo, y hasta se atreven alguna vez con ellos el psiquiatra y el tratadista de patología mental.

Toda la vida de Santa Teresa depone de su cordura. Nunca ha habido otra más llena en la acción; no la ha habido más fecunda en las obras, que para ella fueron también, y muy principalmente, «unión con Dios»; no ha habido quien aprovechara el tiempo con mayor espíritu de continuidad ni con enlace de propósitos y actos tan sostenidos, puesto que realizó cuanto anhelaba y un poco más de añadidura. Y, ¿vendríamos a parar en que todas esas sublimidades de la obra y del alma, de la acción y del pensamiento, de la vida externa y de la vida interior no eran más que un poco de neurastenia, o una forma de histerismo a gusto de mediquillos de suburbio anticlerical adulterados por libros de kiosco? Algo más grande hubo allí: talento humano portentoso y santidad o perfección extraordinaria. Un ser que alcanzó las máximas alturas del ascenso hacia Dios; una de aquellas figuras femeniles que ya en este bajo mundo dejan un sendero de claridad cuando pasan y un rastro como de violetas celestiales; una de aquellas almas, en fin, que se convierten en vivos tabernáculos de la divinidad y vierten sobre su siglo y su nación un resplandor de la luz increada, de la «llama de amor viva» en que se consumen. Esa fué la mujer, la Santa española por excelencia: aquella pecadora inconsolable, como el muchacho de nuestro poeta, por... *haber matado un ruiseñor*.

Miguel S. Oliver

The first part of the book is devoted to a general history of the world, from the beginning of time to the present day. It is written in a simple and straightforward manner, and is intended for the use of students in schools and colleges. The author has endeavored to present a clear and concise account of the events of the world, and to show the progress of civilization and the growth of the human race.

The second part of the book is devoted to a history of the United States, from the first settlement of the country to the present day. It is written in a similar manner to the first part, and is intended for the use of students in schools and colleges. The author has endeavored to present a clear and concise account of the events of the United States, and to show the progress of the country and the growth of the American people.

The third part of the book is devoted to a history of the world, from the beginning of time to the present day. It is written in a similar manner to the first part, and is intended for the use of students in schools and colleges. The author has endeavored to present a clear and concise account of the events of the world, and to show the progress of civilization and the growth of the human race.

The fourth part of the book is devoted to a history of the United States, from the first settlement of the country to the present day. It is written in a similar manner to the first part, and is intended for the use of students in schools and colleges. The author has endeavored to present a clear and concise account of the events of the United States, and to show the progress of the country and the growth of the American people.

The fifth part of the book is devoted to a history of the world, from the beginning of time to the present day. It is written in a similar manner to the first part, and is intended for the use of students in schools and colleges. The author has endeavored to present a clear and concise account of the events of the world, and to show the progress of civilization and the growth of the human race.

The sixth part of the book is devoted to a history of the United States, from the first settlement of the country to the present day. It is written in a similar manner to the first part, and is intended for the use of students in schools and colleges. The author has endeavored to present a clear and concise account of the events of the United States, and to show the progress of the country and the growth of the American people.

The seventh part of the book is devoted to a history of the world, from the beginning of time to the present day. It is written in a similar manner to the first part, and is intended for the use of students in schools and colleges. The author has endeavored to present a clear and concise account of the events of the world, and to show the progress of civilization and the growth of the human race.

The eighth part of the book is devoted to a history of the United States, from the first settlement of the country to the present day. It is written in a similar manner to the first part, and is intended for the use of students in schools and colleges. The author has endeavored to present a clear and concise account of the events of the United States, and to show the progress of the country and the growth of the American people.

The ninth part of the book is devoted to a history of the world, from the beginning of time to the present day. It is written in a similar manner to the first part, and is intended for the use of students in schools and colleges. The author has endeavored to present a clear and concise account of the events of the world, and to show the progress of civilization and the growth of the human race.

The tenth part of the book is devoted to a history of the United States, from the first settlement of the country to the present day. It is written in a similar manner to the first part, and is intended for the use of students in schools and colleges. The author has endeavored to present a clear and concise account of the events of the United States, and to show the progress of the country and the growth of the American people.



Santa Teresa de Jesús

y su Apostolado de Amor

ILUSTRÍSIMO SEÑOR:

SEÑORAS:

SEÑORES:

CON honda emoción vuelvo a la noble tierra catalana, patria mía también, puesto que por mis venas siento fluir la sangre vuestra, hijos de la patria engendradora de poetas y de místicos, madre del iluminado Ramón Lull y del suave Mossen Cinto y del ensoñador Gaudí, místico de la piedra, y de la pléyade triunfal de vuestra *Reinaixensa*, ya que el hablar de poetas es también hablar de místicos, que sin la llama del amor no cuaja ni despunta la celeste flor de la belleza.

Gran día fué aquel 28 de Marzo de 1515, fecha solemne que por indulgencia de la Ilustre Junta de Damas de Barcelona vengo a celebrar con vosotros, día de júbilo en los cielos, día de triunfo para la Cristiandad, día de gala y orgullo para la estirpe nuestra, fiesta mayor de la nacionalidad española que gloriosamente encarnó en la mujer que, después de la Madre de Cristo, es la más grande de la historia humana. Tan grande, que su advenimiento debiera marcar Era en la historia, la «Era teresiana», porque en la escritora extática se reanuda a través de los siglos la magna obra evangélica de la unificación espiritual de la especie. Cristo, al nacer de mujer, había levantado a glorificación suprema la dignidad del sexo y completado el género humano, y esta magna obra parece que quiso renovarla el Espíritu de Dios descendiendo esta vez sobre una cabeza femenina para inspirarle un nuevo Apocalipsis del amor: el libro sobrehumano de *Las Moradas*.

Y es Teresa de Jesús la mujer más grande y—dejádmelo decir—la figura más representativa de la patria española, porque de ella arranca espiritualmente nuestra edad moderna, como políticamente arranca de Isabel la Católica, porque nuestra nacionalidad se cuaja en el límpido y claro diamante de nuestro casticismo bajo la pluma apocalíptica de la humilde Monja castellana.

Fué que apenas, merced a una mujer que comprendió a Colón, Isabel la Católica, se nos dilataron los horizontes de la tierra y completamos el mundo; merced a otra mujer, Teresa de Jesús, se nos iluminaron los horizontes eternos, se nos reveló dentro de nosotros mismos otro mundo inexplorado, maravilloso y abismático, nuestro mundo interior, y tras de las límpidas cláusulas de su prosa beata vieron los humanos ojos asombrados transparentarse el esplendor inaccesible de la divina Esencia. Así fué como la humilde Monja castellana, sin sospechar que se realizaba obra de belleza, sin adivinar que preparaba el advenimiento a nuestro grande arte nacional, que fundía el realismo al misticismo en eterna aleación broncea, con la efusiva ingenuidad de su alma inflamada en amor, vertió al vulgar romance nuestro la infusa ciencia divina que el Celestial Esposo le inspiraba; y el verbo castellano, bravo y austero como lengua de soldados y de frailes, encendiósese como ascua al fuego de los divinos amores, ablandósese como cera entre las acariciadoras manos femeninas, adentróse en las moradas del alma y aprendió allí nuevos y altos modos de amores, ascendió por la escala invisible y se bañó en la gloria de las celestes apariciones. Así de la mano de Teresa de Jesús, la ola hervorosa del habla corriente, del habla en que se ama y se vive, del romance caudaloso y recio que rodaba por los campos, por los caminos y aldeas de Castilla, el que decía ternezas e intimidades en la hidalga casa de los Cepedas de Avila, entróse como transfusión de sangre nueva por el libro, imponiéndose al viejo fárrago de latinismos, ergotismos y retóricas; que la lengua que por labios de Teresa había merecido conversar con Dios, bien podía ser la lengua única de la España de dos mundos. Por eso es Teresa de Jesús nuestra Santa nacional.

No subió la virgen castellana a tales cumbres de gloria por caminos de intelectualidad ni de humano saber, no; porque era incomparablemente humilde y divinamente ignorante, porque ignoraba todo cuanto no fuese el amor, bajó sobre ella el Espíritu, como bajó en lenguas de fuego sobre los pobres pescadores de Judea, que el Espíritu de Dios sólo descende sobre los humildes y sobre los grandes amadores. Y los hondos misterios del alma, y los altos recónditos misterios de Dios, no se entregan a la interrogación audaz de los sabios, sino a la vidente ignorancia de los místicos. Así fué Teresa sabia y doctora en mística teología, no por claustros de Universidades, ni por fallos de academias de hombres, tan avaramente reacios en reconocer a la mujer los dones que Dios le otorga a veces sin medirlos, sino por alto fallo de la Iglesia, por suprema autoridad de los Pontífices desde Paulo V hasta León XIII y Pío X, y por aclamación unánime de la Cristiandad fué Teresa doctora en la ciencia del Divino Amor.

Y por los mismos caminos por donde ascendió hasta vislumbrar la Esencia Divina subió Teresa a las alturas donde crece la milagrosa flor de la mística poesía, blanco lirio de las cumbres bañadas en el eterno amanecer que sólo se deja cortar de manos enfebrecidas por el celeste amor. Así fué

Teresa de Jesús el poeta de la mística. Buscaba la Santa a Dios, no en los libros, sino en el arcano de su propia alma, y al explorarla toda con luces sobrenaturales realizó la más alta psicología experimental que filósofo alguno los haya imaginado: escribía para sus monjas humildes, y los poetas, los sabios, los pensadores de todos los países y de todas las religiones se inclinan ante sus páginas eternas. Vivió vida de acción y de lucha para fundar sus monasterios y procedió como el más sabio psicólogo y estadista al realizar aquella magna obra de su Reforma. Dictó a sus Hijas piadosas Constituciones y prudentes consejos maternos, y fueron tales estos libros, que el sabio Pontífice León XIII, arrebatado de entusiasmo, exclamó ante uno de ellos (1): «¡Oh magna legifera!» (¡Oh gran legisladora!)

¿Y sabéis por qué alcanzó la monja tan alto saber y tan insuperable y amabilísimo decir? Porque se negó a sí misma y se sumió toda en Dios como aquel árbol de que ella escribió que «está cabe las corrientes de las aguas y está hecho uno con el agua celestial...» de que beben la vida sus raíces.

Y como vivió de Dios y para Dios, su triple vida, la externa, la vivida primero en el hogar y después en el claustro y en su peregrinar de fundadora la interior, la contemplativa de raptos, arrobos y celestes comunicaciones, y la intelectual y literaria—hasta donde puede darse tal nombre a una obra revelada y celestial;—la de la escritora, todas tres vidas tuvieron un sólo objeto y realizaron una obra sola, su apostolado de amor, este fué todo el vivir de Teresa de Jesús y esta la perenne acción de su obra eternamente viva sobre las almas de los hombres; y en verdad que cuando no de todos los humanos que existen puede decirse que *viven*, es asombroso que una mujer enferma de amor alcanzase a vivir tres vidas colmadísimas y tan fecundas en perdurables enseñanzas. De las tres vidas de Teresa de Jesús quisiera yo saber hablarlos concisamente, para que, no mis palabras, las de la Santa, y su existencia ejemplarísima, os mostraran cómo su triple vivir fué un incesante y prodigioso apostolado de amor.

Pero la mejor historiadora de sí misma fué la Santa, y no existen libros de tan alto valor y profunda enseñanza como las autobiografías de los santos, obras de escrupulosa introspección, de absoluto desinterés, de acrisolada veracidad, que tienen todo el valor de la confesión cristiana y son las páginas más sinceras de la humana historia y los más admirables tratados de psicología experimental; la más íntegra visión de nuestra doble existencia. Y no ha de atribuirse al acaso, ni menos a falta de plan y unidad en quien escribía movida de Dios, el hecho de que el libro de la *Vida* de Teresa de Jesús que empieza en autobiografía concluya en tratado de oración: era que la Santa examinaba y reconstituía su existencia como en confesión general, para compulsar así los pasos de gloria que iba ganando su alma por el camino de perfección, los peldaños que iba subiendo por la escala mística de la oración, era que en aquel confluir de lo activo en lo contemplativo estaba ella toda entera, que aquel era su vivir que arraigando en la tierra, con pasos de dolor primero, y después con vuelos y raptos milagrosos, iba ascendiendo a los cielos. El resto de su vivir activo historiólo entero la Santa en sus «Fundacio-

(1) Modo de visitar los conventos.

nes,» en sus «Constituciones,» en sus Cartas incomparables. Así, aunque en cuatrocientos años no se haya completado aún la biografía externa de Santa Teresa y surjan ahora a la luz abundantes documentos de ella, bastará con anotar estos documentos al margen del libro de su vida para conocer entera la existencia mortal de la bienaventurada autora.

Como predestinada a encarnar lo más arraigado y hondo de la estirpe y a exprimir en libros eternos la flor del habla nuestra, nació Teresa de Jesús en la entraña de Castilla, allí donde el suelo granítico es más duro, el clima más recio, el habla más castiza y la raza más entera y bravante española: nació en Avila, la de los Caballeros y de los Santos, que más que ciudad es la Edad media con almenas. En noble solar y de padres fecundos en hijos y en virtudes vió la luz de este mundo al rayar la del alba del 28 de Marzo de 1515.

De su padre, el buen caballero D. Alonso Sánchez de Cepeda descendiente de Vasco Vázquez, uno de los bravos que lucharon con Alfonso XI en el sitio de Gibraltar, dice la Santa que era hombre de mucha caridad con los pobres y piedad con los enfermos, era de gran verdad, jamás nadie le vió jurar ni murmurar, honesto en gran manera.

Nuevos documentos publicados por el sabio P. Fita evidencian la caritativa intervención de D. Alonso Sánchez de Cepeda en favor de los presos de la cárcel de Avila y en el sostén de la alhóndiga de los pobres labriegos de la misma ciudad y su término (1)

Consta documentadamente que la casa natalicia de Santa Teresa estuvo donde se alza el convento que Avila llama tiernamente «la Santa»: no es edificio, no es monasterio, es la Santa que sigue viviendo allí donde nació. Y nació en la casa que Alonso de Cepeda y su primera mujer Catalina del Peso compraron en 10 de Noviembre de 1505 (2). El mismo D. Alonso en prolijo inventario de los bienes que poseía al enviudar de su primera mujer, nos dejó escrito de su mano, juntamente con el cuadro típico del vivir de un hidalgo español del siglo XVI, lo que nos interesa más aún, el cuadro del interior doméstico en que nació y vivió en el siglo D.^a Teresa de Ahumada: se ve a través de aquella enumeración, la noble casa avileña de amplios salones para las exigencias de la vida, cortados y repartidos por paramentos guadameciles y tapices, en estancias pequeñas y más abrigados camarines, donde el mobiliario escaso y austero, como de andantes y soldados (media docena de sillas de costillas de las que hacían en el Burgo, dos buenas tablas con goznes, que cubiertas de manteles alemaniscos servían de aparadores, una mesa para comer y varios arcones), contrasta con el bizarro alarde heráldico de la antepuerta amarilla y colorada con las armas de los Cepedas (el león sinistrado), los ricos paramentos y tapices, las ostentosas ropas de hombre y de mujer, tabardos, basquiñas, capuces y monjiles en que alternaban la frisa de Londres, el damasco morisco, el chamelote y el aceytuní con el costoso paño de Ruan y el rico veintidoseno de Segovia, reservando la

(1) P. Fidel Fita: Boletín de la Real Academia de la Historia.— Julio y Agosto de 1914.

(2) Elogio de Santa Teresa: Discurso compuesto y leído por el Rdo. Padre Fidel Fita, S. J., Director de la Real Academia de la Historia, en Junta pública de 18 de Abril de 1915, págs. 11-12.

mayor ostentación, propia de tan heroicos días, para las armas del caballero, capacete, grevas, brazales, broquel, lanzón, espada de áureos tiros y espuelas de filigrana; y para el caballo el lujo morisco del cojin de terciopelo colorado y azul, las cabezadas de atauja (1) y el pretal de cascabeles con hilos de oro y cabos de Arabia; honrándose la dama con cadenas de oro de las de cuatro vueltas, anillos, manecillas y pinjantes, sin que faltaran en la casa, como de hidalgos labradores, largo repuesto de trigo, harina y cebada, provisión de quesos, conservas y mieles en la despensa, para solaz de ocios juegos de tablas y ajedrez, y para regalo espiritual, entre otros libros, el Retablo de la vida de Cristo, el Tratado de Consolación de Boecio. obras de Séneca y Virgilio, las trescientas y la Coronación de Juan de Mena, y un Lunario (2). En este medio nació Santa Teresa y tal vez en las páginas de algunos de esos volúmenes aprendió a deletrear lo que en su Vida nos dice: «Era mi padre aficionado a los buenos libros y así los tenía de romance (en castellano) para que leyesen sus hijos.»

No huelga conocer esta prevención del buen hidalgo como génesis de la cultura de la mayor glorificadora del romance de Castilla.

Muerta D.^a Catalina y trocados, al fin, la negra loba y capirote de sus lutos por las galas de nuevos esponsales, casó D. Alonso en 1509 con doña Beatriz Ahumada en Gotarrendura donde radicaban los bienes dotales de D.^a Beatriz, entre ellos la cerca y palomar que vino a heredar Teresa de Ahumada y que aún llaman los vecinos de aquel pueblo «el palomar de la Santa;» y, con otras casas, prados y tierras, el llamado palacio donde se celebraron aquellas felices bodas cuyo esplendor dejó larga memoria en el lugar, según atestiguaron treinta y cinco años después varios de sus moradores (3) recordando que D.^a Beatriz, cuyo mejor atavío serían sus fragantes veintidós años, iba vestida de seda y oro y ricamente enjoyada con joyas que le ferió el esposo, el cual le dió en arras mil florines oro. En Gotarrendura murió también D.^a Beatriz: y en 1544 Juan Ximenez, rentero de los Ahumadas, uno de aquellos servidores que la lealtad incorporaba a las familias, atestiguó biografiando a su Señora que acompañó a D.^a Beatriz desde Olmedo a Gotarrendura cuando fué a desposarse con D. Alonso y les vió velarse en la iglesia del lugar y comió de las gallinas de la boda y vió vivir en aquel pueblo y en Avila a los esposos y vió nacer a los hijos que Dios les dió y hallóse presente a la muerte de D.^a Beatriz en Gotarrendura y escoltó su cuerpo muerto cuando en una carreta le llevaron a enterrar a la iglesia de San Juan de Avila; todo el poema de la hidalga honradez de la casta en amos y criados. Llena de virtudes, enferma siempre y tan honesta que pareció ignorar su grande hermosura, que con morir de treinta y tres años ya su traje era como de persona de mucha edad, muéstranos la Santa a su madre; y huérfana de ella a los doce años, o poco más, nos dice:—«Como yo

(1) «Talxia» dice el inventario.

(2) Inventario que hizo Alonso Sánchez de Cepeda de los bienes que tenía cuando murió su mujer D.^a Catalina del Peso.

(3) Autos del pleito acerca de la curaduría de los bienes de Alonso Sánchez de Cepeda, por Pedro Rengilfo. — Apuntes para una Biblioteca de Escritoras Españolas, desde el año 1401 al 1833. Por Manuel Serrano Sanz Madrid, MCMV: tomo II, págs. 494 - 499.

comencé a entender lo que había perdido, afligida fuíme a un imájen de Nuestra Señora y supliquéle fuese mi madre, con muchas lágrimas.» Adoptó la Santa futura el apellido materno, siempre se firmó en el siglo: «Doña Teresa de Ahumada,» y pareció vincular el recuerdo de Doña Beatriz en aquel rústico predio de Gotarrendura consagrado por los paternos amores y por la muerte de su madre, que era como la raíz por donde se asia al terruño nativo, aquella alma de noble hembra castellana criada a los pechos de la Naturaleza que pegó a su lengua castiza vigor, salud y aromas campesinos para que al juntarse en sus místicos labios con sabores de cielo, fluyera fuerte y perfumada la generosa miel del habla nuestra.

Y, a fe, que no parece casual el hecho de que, como si Dios la preparase y aleccionara para el futuro apostolado de su Amor, fuérase Teresa adueñando de la pura flor del habla, no tanto en los libros de romance que guardaba el buen D. Alonso, como en los campos y lugares de la propia entraña de Castilla que, desde mucho antes de su peregrinar de fundadora, desde la niñez y la juventud primera, consta que por motivos de salud, de hacienda, o de familia recorrió y habitó la Santa: fueron estos, además de Gotarrendura, Hortigosa de Tormes residencia de su tío D. Pedro Sánchez de Cepeda, el lugar que la Santa no nombra, acaso Becedas, donde ya monja fué con su padre a buscar la salud. Aldea del Palo donde adelante residió en fincas de su grande amiga D.^a Guiomar de Ulloa, y otros, sin duda.

En cuanto de sus niñeces nos dice la Santa palpita ya en germen su múltiple vivir futuro; así en las lecturas del «Flos Sanctorum» compartidas con su hermanito Rodrigo, en el ansia de imitar los heroicos martirios de los santos que sugirió a los niños la célebre escapatoria para hacerse descabezar por amor de Cristo en tierras de moros, arde ya la fe de Teresa, su mística llama de amor, su sed de martirios y su activo celo de apóstol; en el inocente construir ermititas con perezuelas de su huerta y en el jugar con otras niñas «a hacer monasterios—dice—y como eramos monjas» revélase ya la fundadora, y en aquel espanto de ella y de Rodrigo ante el concepto de la eternidad que pretendían penetrar repitiendo la palabra «siempre, siempre», se ven tenderse para el primer vuelo las alas de la gran contemplativa, y en el insaciable devorar libros andantescos despuntan ya la curiosidad, la inquietud de la mente, el amor a lo fantástico y maravilloso, y anúnciase, aunque aún no orientada solo a Dios, la vocación de la escritora, cuya obra primera fué—y no cabe dudarlo ante la terminante afirmación de los PP. Ribera y Gracian (1)—un libro de caballerías escrito en colaboración con su hermano Rodrigo.

Amaneció la juventud, y al entreabrirse las tempranas rosas de su her-

(1) El insigne P. Fita, en el Apéndice III a su citado Elogio de Santa Teresa, refuta concluyentemente tres ideas paradójicas del Sr. Sánchez Moguel en su libro de Santa Teresa de Jesús premiado por la Real Academia Española en 1882 y publicado recientemente (edición póstuma 1915). A propósito de este interesante punto de la biografía de Sta. Teresa transcribe el P. Fita el pasaje en que el P. Ribera en su vida de la Santa Madre, libro I, capítulo V, —dice:—«Dióse, pues, a estos libros de caballerías, si no de vanidades, con gran gusto, y gastaba en ellos mucho tiempo; y como su ingenio era tan excelente, así bebió aquel lenguaje y estilo, que dentro de pocos meses ella y su hermano Rodrigo de Cepeda compusieron un libro de caballerías con sus aventuras y ficciones, y salió tal que había harto que decir de él.»

mosura sonrió tal vez a la casta virgen entre celajes de nácar una vislumbre de humana ilusión: «Comencé a traer galas y a desear contentar y parecer bien—escribe con sinceridad de Santa—con mucho cuidado de manos y cabellos y olores...» Y con ser tan inocentes las vanidades juveniles de que tan severamente se acusó la Santa desde la cumbre de su radiosa perfección, el celo del padre castellano y austerísimo, temeroso de que casada María,—la hija de su primer matrimonio,—quedara Teresa muy sin arrimo en la casa, reclusión en el convento de Santa María de Gracia donde la fundadora futura, aunque contenta y haciéndose amar de todas, mostróse *enemiguísima* de ser monja: gravemente enferma volvióse a casa de su padre y para convalecer llevaronla a la de su hermana, que residía en una aldea—Castellanos de la Cañada—. Camino de aquel lugar se detuvieron en Hortigosa donde vivía de vida espiritual el buen caballero D. Pedro de Cepeda, hermano de D. Alonso, cuyo ejercicio era leer libros piadosos y cuyo hablar era solo de Dios y de la vanidad del mundo: y fué allí donde «con la fuerza que hacían en su corazón las palabras de Dios habladas y leídas» vino a entender Teresa toda la vanidad del *nulla* humano y donde hirieron su espíritu las primeras luces de la gracia. La lectura de las Epístolas de San Jerónimo determinó su vocación, tras larga batalla espiritual de tres meses. Y no sin lucha, con cruel desgarramiento, pues «al salir de casa de mis padres—dice—no creo sea mayor el sentimiento cuando me muera... porque me parece que cada hueso se me apartaba por sí», entróse monja en la Encarnación de Avila. Y allí comenzó la vida de dolor de Teresa, el duro combate del alma con la carne, las enfermedades crudelísimas, el largo paroxismo que la postró como muerta cuatro días, tanto que le tuvieron la sepultura abierta en su monasterio. Después la muerte ejemplarísima del buen D. Alonso en cuyo trance—por no ser aún obligatoria la clausura—asistióle su bienaventurada hija con tal entereza de ánimo que logró reprimir todo su dolor por no apenarle, «aunque le parecía que le arrancaban su alma cuando vía acabar su vida».

Veinte y dos años pasó Teresa en grandes sequedades—ella lo dice—en subir con los desnudos pies del alma el áspera senda de la penitencia en aridez, «mas en los días de la creación de su Reforma comenzó a vislumbrar relámpagos de luces no creadas, a percibir visiones y revelaciones entreveadas y a parecerle que Dios le hablaba interiormente»;—así lo escribió a su Confesor el P. Rodrigo Alvarez.—Eran los primeros contactos con lo sobrenatural y allí comenzó el más costoso ascender con la luz de las cumbres eternas bañándole ya la faz beata, con las zarzas de las humanas inquietudes hincadas y enroscadas en los pies: allí los miedos veladores de la noche oscura del alma, allí el terror constante como ante abismo abierto que «aun de día no osaba estar sola algunas veces», las crueles dudas de ser engañada del mal espíritu, la humilde desconfianza propia, el temor a provocar las burlas de las gentes y, sobre todo, el sagrado espanto de la proximidad de Dios.

Después... el esplendor de los cielos rasgados, abiertos ante el éxtasis inenarrable del alma, la carne cuajada en la glacial algidez de la agonía, la sangre parada con santo horror y por las venas difundiéndose como sangre de luz la dicha de la bienaventuranza: el entendimiento velado como los soles ante la faz de quien les creó: y sin entendimiento, el alma entendiendo lo ine-

fable; la voluntad rendida; y, sin voluntad, el alma amando como con mil voluntades: y allá en lo celado de las recónditas moradas la «espantosa claridad», la cegadora luz de aquel «claro diamante muy mayor que todo el mundo» ante el cual es negra sombra la luz del sol, la certidumbre de la presencia del Amado, el júbilo inocultable de la mística unión con Dios.

¿Habeis leído, Señores, páginas humanas que irradian como las páginas de Teresa de Jesús esta candente reverberación de la proximidad de Dios?

¡Cómo explicarnos que una mujer enferma del divino amor, y abismada y como disuelta en él, pudiera ser toda acción y toda bronce de voluntad, siendo toda renunciación y toda éxtasis!

¿Adivináis lo que significa transponer en raudos vuelos del espíritu, muy más veloces que los de la luz, las distancias inmensurables—¡todas las distancias!—que median entre la tierra y los cielos? ¿Sabéis lo que es sentirse arrebatado de súbito el alma y con ella descuajar de golpe las raíces de la vida y probar juntas en un cáliz las ansias de morir y las glorias del resucitar eterno; y entre espasmos de agonía y vértigos apocalípticos descaecer ante la inminencia formidable de Dios y sentirse suavísimamente abismar en El; y sin sucesión de tiempos ni veladuras de distancias, como en espejo lucientísimo, ver, de un solo mirar, todas las cosas, gustar de la infinitud del Bien, de la Verdad y de la Belleza en el propio raudal de donde manan, y entrever la llama de mil soles con que arde increada e inextinguible la Esencia Divina?

Y, a deshora, sentirse de nuevo alentar en la cárcel de carne, abrasada, derretida en deseos de Dios, muriendo por no morir.

En la celda, en el coro, en el locutorio, entre las gentes, quemábala de súbito la punta del dardo místico, heríala el golpe de la gracia tan violento que solía derrocarla en tierra, y con solo oír el nombre de Dios, donde quiera que se hallase, y, a veces, de noche en el coro leyendo la lección de Maîtres, quedábase en pie con la linterna en la mano, extática, abismada, como suspensa entre la tierra y el cielo.

Y con aquellos raptos y vuelos en que el espíritu casi se desataba de la carne supo alternar aquella mujer fuerte la dura obra monástica de su Reforma que de todo tenía: de apostolado, de campaña, de peregrinación, de reclutamiento, de guía y magisterio de almas, de legislación y administración, de resistencia inquebrantable y de martirio. Y con ser la empresa de la Reforma, mucho más ardua que todas las fundaciones, fué Teresa de Jesús fundadora y reformadora a un tiempo: fué legisladora y adoctrinadora de sus hijas y aun de los hombres todos, y fué singularmente Maestra, Doctora, Evangelista y Poeta asombroso de la Mística, fué la palabra conquistadora, fué la llama comunicativa, fué el apóstol iluminado del Divino Amor.

Fué la de la Reforma una recia campaña y un sangriento *Via-Crucis* que duró más de veinte años desde la combatidísima fundación de San José de Avila, a la tempestuosa fundación del convento de Sevilla; y en esta dura empresa bebió la Santa todas las amargas, padeció las más crueles detracciones, afrentas e ingratitudes, probó todos los dolores hasta el último agonizante caminar desde Burgos a Alba de Tormes.

Fué una heroica cruzada social, fué un éxodo sublime, una indigente peregrinación franciscana a través de toda la tierra española, por cuyos ca-

minos y lugares las sandalias de la Santa iban marcando en huellas de luz la geografía celestial de la mística.

Caminaba descalza y a pie, huyendo el profano bullicio de mesones, arrietos y traginantes, o en carros mal cubiertos que dejaban filtrar lluvias, vientos y soles: defendíanla a veces sus monjas de la intemperie con la frágil estameña de sus mantos: comían una cebolla o un puñado de habas, o cerezas, cuando las tenían, pero siempre iban alegres cantando villancicos e improvisando coplas. Ribera de los ríos, o en las grutas de las serranías, plantaban sus altares, hacían capillas y templos en que se recogían a rezar y el agua que mansa fluía en regatos y arroyales, el agua limpia y canora, la lira de cristal de los místicos, ritmaba los rezos de la Santa y de sus monjas, que iban renovando en España la pureza de los días evangélicos y renovando el espíritu y el habla con la eterna juventud de la fe.

¿Cómo alcanzó Teresa de Jesús a vivir juntamente aquellas tres vidas tan colmadas? A ser toda acción, siendo toda éxtasis, tener cerebro de estadista, voluntad de conquistador, corazón de serafín enamorado, medir con sus descalzos pies de fundadora casi toda la tierra de España, y en su dura labor social, en la lucha abierta, o en comunicación activa con gentes de la más varia especie y condición, aprender psicología en el gran libro de la vida y surcar luego lo infinito de los cielos con las etéreas alas místicas y sumirse a deshora toda entera en lo hondo del alma para explorarla y revelarnos sus misteriosas profundidades: y como si presintiese tiempos en que la ciencia llamaría catalepsia el éxtasis, e histeria a la santidad, detenerse proféticamente en la linde de las dos vidas, trazar con acierto sobrehumano la divisoria entre la vida fisiológica y la espiritual, rechazar inflexiblemente de los caminos de lo sobrenatural cuanto era flaqueza morbosa o antojo de santidad hechiza, definir con milagros de introspección cuando los contentos que en la oración hallamos son naturales porque «comienzan en nuestro natural y acaban en Dios» al paso que los gustos comienzan en Dios y siéntelos el alma y goza tanto en ellos»: diferenciar la devoción excitada y el prurito de comunicación con Dios con alboroto de lágrimas y trastornos físicos, de los verdaderos regalos que inefable y suavísimamente vienen de Dios, comparando ambos estados espirituales a dos pilones, o fuentes que se hinchen de agua de diferentes maneras: el uno viene de lejos por muchos arcaduces y artificios, y el otro está hecho en el mismo nacimiento de las aguas; y discernir con celestial certidumbre la claridad inconfundible del habla de Dios que la sorprendía «a deshora» y «viniendo a ella» de la imaginación, diciendo que «lo uno, el habla de Dios, es como quien oye» y «lo de la imaginación como quien va componiendo lo que él mismo quiere que le digan». ¿Quién mostró con tan meridiana claridad los misterios del alma? ¿Quién alumbró con tan reveladora luz los caminos que llevan a Dios?

Y derramar toda aquella acción y toda aquella contemplación en libros que chorrean humanismo y rezuman espiritualidad, soldar con la llama del Divino Amor las dos vidas verdaderas, ¿a quién le fué dado entre nosotros sino a Teresa de Jesús? Y con esto ya conocemos el nexa milagroso que unió su doble existir: fué la llama del divino Amor la que soldó sus dos vidas, la que inspiró su obra inmortal. Fué que al ascender la Santa el último pel-

daño de la escala invisible, al llegar a los brazos del Esposo, al incendiarse su alma en el hirviente foco del Amor de los Amores, ardió toda en llama viva de Caridad y no quiso, no supo, no pudo gozar sola de todo aquel supremo Bien—ella lo dice—«que es un gozo tan excesivo que el alma no querría gozarle a solas,» y después «parece que el alma se ha hallado a sí y que como el padre del Hijo pródigo querría convidar a todos y hacer grandes fiestas...» entonces fué el henchirse, el embriagarse, el enloquecer con «la celestial locura a donde se desprende la divina sabiduría»—hablo con sus palabras—y el ferviente anhelar que cuantos ella trataba estuvieran locos del divino Amor. Doliase de que «Hasta los predicadores—dice—van ordenando sus sermones para no descontentar». «Porque tienen mucho seso los predicadores, no están sin él con el gran fuego del amor de Dios como lo estaban los Apóstoles, y así calienta poco esa llama...» Es decir, que los que renovasen en el mundo paganzado del Renacimiento la fe de Cristo, vocación de mártires habían de tener, como tuvieron los Apóstoles «abhorrecida la vida y en poca estima la honra, que no se les daba más a trueco de decir una verdad y sustentarla para gloria de Dios, perderlo que ganarlo todo, que quien de veras lo tiene todo arriscado por Dios igualmente lleva lo uno que lo otro.» Y añade: «No digo que soy ésta, mas quisierálo ser». Claro lo dice la Santa: Quisiera ser lo que por la celestial locura del divino Amor y por ganar almas para Dios lo diera y lo arriesgase todo. Y en cien parajes de sus obras estalla en súplicas y en ofertas heroicas de sí misma al Amado, en ansias de evangelizar, de ejercer a costa de todas las inmolaciones su apostolado de Amor.

Hablando la Santa como en general o en una misteriosa tercera persona, como solía, de las almas con las cuales Dios se comunica, pero refiriéndose a su propia alma, en las Moradas sextas (cap. VI) dice: «... y ha gran envidia de los que viven y han vivido en los desiertos: por otra parte se querría meter en mitad del mundo por ver si podía ser parte a que un alma alabase más a Dios»—y mostrando ya a las claras su anhelo, añade:—«y si es mujer se aflige del atamiento que le hace su natural.» Y ved con qué fervor impetuoso se ofrece la Santa a Dios para ejercer aquel apostolado que era su aspiración más viva: «...poderoso sois Vos Señor, para que la gran mar se retire y el gran Jordan deje pasar los hijos de Israel, no la hayais lástima—habla de sí misma—que con vuestra fortaleza ayudada puede pasar muchos trabajos Ella está dispuesta a ellos y los desea padecer: «Alargad, Señor, vuestro brazo... Parézcase vuestra grandeza en cosa tan femenil y baja para que entendiendo el mundo que no es nada de ella os alaben a Vos, cueste lo que costare, que eso quiere, y dar mil vidas porque un alma os alabe... si tantas tuviera.»

Aquí teneis la raíz de la obra activa y del Apostolado de Amor de Teresa de Jesús. «Alargad, Señor, vuestro brazo... Parezca vuestra grandeza en cosa tan femenil y baja.. » Es decir, no obste mi sexo para cooperar a la gran obra evangelizadora—este era constante anhelar de la Santa que quería que las mujeres participasen también de las riquezas del Señor—y el Espíritu de Dios descendió esta vez sobre la cabeza de un evangelista femenino y el Señor alargó su brazo y derramó sus dones sobre aquella humilde alma de mu-

jer que le amó hasta desasirse de sus místicos brazos por ir a buscar almas que le amasen: ella lo dice: «¡Oh, Jesús mío, qué grande es el amor que teneis a los hijos de los hombres! que el mayor servicio que se os puede hacer es dejaros a Vos por su amor y ganancia y entonces sois poseído más enteramente porque... el alma se goza de que os contenta a Vos, y ve que los gozos de la tierra son inciertos, aunque parezcan dados de Vos, mientras vivimos en esta mortalidad si no van acompañados del amor al prójimo. Quien no le amare, no os ama.» Es decir, en esta vida, sin amor de caridad, sin amor al prójimo no hay amor a Dios. Así amó Teresa de Jesús, y ese es el divino secreto, la eterna hermosura, la inmarchitable juventud de su prosa: que está llena de Dios.

Yo sé que los que intentan negar victorias a Cristo cierran los ojos ante el influjo de la Mística, y sólo vencidos por su hermosura, subyugados por su irresistible atracción, a título de *dilettantismo* estético, le perdonan el origen divino. Pero no hay aquí *dilettantismo* posible: si la Mística no fuera amor de Dios, ¡no sería nada!

¡Quién intentará vaciar de Dios la prosa de Santa Teresa! ¡Más fácil fuera vaciar de luz el cielo sin nubes al mediodía!

«Su estilo, su lenguaje...—ha dicho D. Juan Valera—a los ojos desapasionados de la crítica más fría es un milagro perpetuo y ascendente.» Y lo que D. Juan Valera dice del estilo de Santa Teresa, puede decirse con mayor motivo de la elocuencia divina de la Santa, de su apostolado de Amor, que es un milagro perpetuo y ascendente a través de los siglos.

Pasan las modas literarias, pasan las apasionadas y candentes actualidades y sistemas filosóficos, mústianse como verdor de heno las juventudes de los hombres y las floraciones estéticas; sólo la prosa teresiana no se mustia y pervive con el frescor del primer amanecer del mundo.

Y es, que como D. Juan Valera observó: «No es el estilo, no es la fantasía, no es la virtud de la palabra la que nos persuade, sino la sincera e irresistible aparición de la verdad en la palabra misma.» Y es algo más que Don Juan Valera no osó decir, es no sólo la aparición de la verdad es el resplandor de la proximidad anonadadora y fulmínea o dulce y suavísima de Dios, la que trasciende en fulgores sobrenaturales de la prosa teresiana.

Este es el milagro ascendente, no del estilo, del espíritu de Teresa de Jesús.

Pero el espíritu lleno de Dios se transfundió a la prosa y la prosa colmada de tal espíritu se encendió en resplandor ultraterreno: y estas fueron las creces de Belleza que tuvieron las obras de los místicos, las de Teresa de Jesús sobre todas.

No se propuso la Santa—¡quién no lo sabe!—crear obra estética: escribía libre de toda vanagloria, pero bebía su inspiración de los labios del Amado que al mostrarle sus riquezas y tesoros, al unirse en mística unión con ella, no se partía ni despojaba de sus altos atributos y potencias: que Dios es indivisible, y así por participación de Dios bebía Santa Teresa, al par que de la Verdad y del Bien sumos, de la Belleza infinita, en las propias fuentes de donde mana.

Sombra y reflejo son los escritos de Teresa, la nueva Evangelista del

Amor, al igual de los de Juan el iluminado de Patmos, de cómo el absoluto Bien y la absoluta Verdad emanados de Dios, son indivisibles de su absoluta Belleza.

Y esto nos prueba el alto origen de la obra teresiana a nosotros que en nuestra limitación, y a título de desinterés estético, separamos el Bien de la Belleza, rayos de la misma increada lumbre que juntos recibió Teresa por participación, a lo menos, por reflejo directo de Dios.

Mirad si es obra de milagro, mirad si es obra revelada y divina la obra de Teresa de Jesús, una pobre monja sin letras, que sin pisar Universidades ascendió sola al supremo Doctorado de la Ciencia Teológica: y unificó la doctrina que andaba derramada en las obras de los Santos Padres, y dió lecciones de oración a sus confesores y Prelados: (1) y exploró y reveló entero nuestro mundo interior y nos mostró, superando a Dante, la visión terrífica del Infierno y nos mostró, alumbrándolas con luces sobrenaturales, las Moradas del espíritu cuando las llena y vivifica su Hacedor: y nos dejó traslucir tras su prosa beata la esencia Divina, y acertó a escribir libros que parecen Escritura Sagrada—ella lo dijo, cierta de que eran obra revelada (2)—y realizó el más fecundo, atractivo y triunfante apostolado de Amor, y conjuntamente, como creces de Gloria de su siembra celestial, realizó obra de insuperable Belleza, fresca y fragante por siempre con la fragancia y el frescor bebidos de los labios de Aquel cuyo soplo enflorace las primaveras y enciende los astros en el cielo.

¡Cómo explicarse ahora la transfusión de vida y de salud, la infusión de Belleza siempre nueva, como albor de amanecer genesíaco, que la obra de los Místicos y singularmente la obra de Teresa de Jesús, corazón, cerebro y palabra de la Mística, derramó sobre toda la vida y el alma nacional y disolvió en el oro en fusión de nuestra lengua y que corría en chorros de luz a cuajarse en moldes eternos!

Ya otras veces, recordando aquella aún no historizada producción inmensa que desde el Venerable Juan de Avila hasta el P. Nieremberg inundó en vida espiritual los dos grandes siglos de nuestras letras, dije que acaso no nos hemos detenido a pensar hasta dónde penetró y regeneró nuestras energías creadoras y hasta qué términos agrandó en nuestra mente la noción de la vida interna y de la externa, apresurando el triunfo de la forma nacional en la novela, en el teatro, en la pintura, en la españolsima escultura en madera, aquella nueva vida remozadora y fecundante de la mística inspiración que habiendo florecido ya tan gloriosa en la Italia del siglo XIII, en los eternos versos de Dante, bajo los desnudos pies del Serafín de Asís, en los labios de San Buenaventura, de Fra Giacomino da Verona y del Beato Jacopone de Todi y suscitado en aquel mismo siglo en tierra española a nuestro iluminado

(1) Carta de Santa Teresa al Ilustrísimo señor don Alonso Velázquez, Obispo de Osmá.—Obras de Santa Teresa de Jesús. Colección selecta y económica de las mejores obras de Religión y Moral.... publicada bajo los auspicios del Excelentísimo e Ilustrísimo Señor Don Pedro Martínez de San Martín, Obispo de Barcelona.... Barcelona 1845. Tercera série. T. I de las cartas de la Santa Madre, p. 76, y Notas a esta carta.

(2) Carta del P. Yepes a Fr. Luis de León.—Obras de Santa Teresa, Tomo I, pp. 567-574 V. la pág. 569.—Bib. de Autores Españoles.

Ramón Lull, hombre-legión que, siendo él solo toda una enciclopedia, aún fué más rico en amor que en pensamientos, diríase que como de propósito retardó su germinar en Castilla para que su savia vivificante empapase las raíces de toda nuestra cultura estética y su floración milagrosa coincidiera con los días sin ocaso de nuestros dos siglos de oro.

A la hora solemne en que España haciendo palidecer a la leyenda acababa de completar el mundo y se preparaba a realizar conquistas aún más gloriosas en las regiones del arte, no pudo ser casual ni estéril entre nosotros aquel insuperable florecimiento de la mística teología, manifestación sin ejemplo en literatura alguna, obra en que pusieron mano el cielo y la tierra y que constituye un modo de belleza único y todo nuestro, que levantó nuestro vulgar romance a la cumbre más alta de la elocuencia humana y dejó encendida y magnificada el alma nacional como por el paso de un torrente de llamas y de estrellas.

A la hora en que nuestra lengua comenzaba a derramarse oceánica por el haz del hemisferio nuevo, nuestro tesoro intelectual—idioma y producción—constituía un organismo robusto, hermoso, complejo, pero no completo, ni enteramente humano: sobre la majestad de su noble fondo latino ostentaban nuestras letras los esmaltes orientales de su doble cultura semítica, el sartal de perlas de sus inspiraciones indígenas: el Poema del Cid, las Canciones de Gesta, las Cántigas, el Conde Lucanor, el Romancero, los Misterios litúrgicos, los castizos versos y prosas de los dos Arciprestes chorreando verdad y lozanas malicias: pero aquí el sartal se quebraba: venía la invasión gloriosa de los épicos y líricos italianos, un río de esplendorosa poesía y una ola ingente de retórica y clasicismo gentilico: venía el Bocaccio con sus cien novelas cargadas de erudición arcaica y de sensualismo sin velos: pisando sobre las huellas de los caballeros carolingios, italianos y bretones, cabalgaba el revuelto y brillante escuadrón de los Amadises, Esplandianes, Tirantes y Palmerines, todos enamorados, valerosos y cumplidores de las más altas cuanto imposible hazañas; pero extinguida la llama ideal que encimeraba sus bruñidos yelmos de oro, enfoscábanse por las más desaforadas selvas de desatinos hasta sumirse en las negras entrañas del absurdo. De suerte que en lo culto y libresco, lengua y literatura ibanse viciando y entorpeciendo de las patrañas andantescas a los erotismos retóricos y a las liviandades y pedanterías de la novela italiana: y en lo vulgar y corriente sobre el poso de cieno que dejaron los días de anarquía moral del reinado de Enrique IV: al rodar y mezclarse con las heces del mundo en el suelto vivir de conquistas y expediciones fabulosas contagiáronse el habla y las costumbres de resabios soldadescos y de rufianescas torpezas y desgarros, con lo que cuanto quedaba de idealismo daba en absurdo, y cuanto persistía de genuino y castizo se apicaba: así, lo mejor, lo único castizo y nacional que produjo aquel período fué «La Celestina» y las dos grandes novelas picarescas: «El Lazarillo de Tormes» y «El Pícaro». Pero «La Celestina», fusión armoniosa de la realidad ambiente con el prestigio de la antigüedad clásica, realizada por un soberano artista, con ofrecernos en Melibea y Calisto la primera pareja enamorada que respira en la dramaturgia y en la novelística europeas, el primer modelo asombroso de diálogo nacido perfecto, con ser monumento de nuestra habla y origen de la corriente rea-

lista que alimentó nuestro arte nacional, por su fondo de pesimismo epicúreo, por su amarga ironía trascendental, por la moral inconsciencia de sus personajes que existían sólo para su pasión, y en pleno siglo xv, vivían como si Cristo no hubiera nacido, no podía contener toda la esencia del genio nacional: había allí media verdad: la sensual, pero faltaba la otra media, la mayor, la esencial, la eterna; la del espíritu. Faltaba allí entero el elemento épico y caballeresco, faltaban el sentimiento del honor, la Fe religiosa: el Alma de España.

Descendiendo al andar del siglo xvi por todo ese camino que con tan viva luz ha iluminado el genio resucitador de Menéndez y Pelayo, desde «La Celestina» hasta «El Lazarillo» y «Guzmán de Alfarache», nacido ya a las puertas del siglo xvii, palpablemente se percibe que entre toda aquella literatura y el Quijote la distancia cronológica es nula, pero la distancia moral y estética es enorme y de las que en la historia del progreso no se salvan jamás a saltos, sino por evolución o por virtud de un influjo irresistible y decisivo.

Era necesario que un enérgico fundante, una llama activa y purificadora que sólo podía ser llama de amor, hubiese acrisolado la lengua y el alma de la nación, y que una infusión de dulzura suave, como de leche y de miel, se hubiese derramado por todo el ambiente espiritual de la nación para que en él la respirara Cervantes y la hiciera sangre de su estilo, sellando para siempre la prosa castellana con aquel sello indeleble de serenidad platónica y de misericordia cristiana que resplandece ya en los versos y en la prosa del Maestro León y en la de Cervantes mitiga patéticamente la punta de amarga ironía que duras experiencias dejaron en el espíritu de aquel luchador por el ideal.

Sin una previa renovación de la atmósfera moral y un magno movimiento como de marea viva en el habla castellana del siglo xvi, no se explica humanamente la génesis de una obra como el Quijote. Sin los místicos, sin Fr. Luis de León, sin Santa Teresa, sobre todo, ni se explica ni se deduce con rigor de lógica nuestro gran arte realista, aquel arte tan robusto y opulento de complejión, tan lleno de alma, tan insuperable y tan nuestro, el de Cervantes y el de Tirso. No pudo ser casualidad que del surco que abrieron los místicos brotase tan abundante y sazónada la mies del Arte nuevo: que tras de los grandes maestros de psicología experimental viniesen los grandes psicólogos del teatro y de la novela: el autor de «El condenado por desconfiado» y el autor del «Quijote».

No fué casualidad: es que delante de cada florecimiento estético va un gran renovador de la lengua que con significativa insistencia suele ser un místico, o un alma penetrada de misticismo: el autor de las «Cántigas», el Dante, Ramón Lull—el que separa de la lengua provenzal la catalana y la bautiza desde sus orígenes haciéndola grave, austera y religiosa... (1)—y en nuestro siglo xvi Santa Teresa: y, recientemente respecto de Cataluña, Mosén Jacinto Verdaguer ungiendo su viril y lacónica lengua en el bálsamo de nardo de la mística.

Fueron los místicos los que depuraron y acrisolaron nuestra habla vul-

(1) Menéndez y Pelayo.

gar, hasta hacerla más límpida que nieve de la altura filtrada por las rocas para verter en ella la palabra de Dios y acercarla a los labios del pueblo, como quería Fr. Luis; fueron aquellos grandes amadores los que al iniciar el habla en secretos del espíritu y en misterios de la eternidad acrecieron sus riquezas y doblaron sus prestigios. Fueron los místicos los que dieron al arte un nuevo mundo lleno de abismos, de sorpresas y revelaciones: el mundo psicológico. Fueron los místicos, fué Santa Teresa de Jesús el mayor psicólogo y el mayor poeta de la mística, la que caldeó la lengua en el regazo de llamas de su espíritu, la que la levantó sobre las alas del éxtasis al Oreb y al Sinaí de las divinas comunicaciones.

Desde Elías y Moisés no nació criatura humana que más directamente se comunicase con Dios, ni que mantuviera tan constante flujo y reflujo espiritual entre la tierra y el cielo. Por eso la palabra de Teresa de Jesús, con ser voz que sube de la tierra, es luz que descende de lo alto, es palabra de evangelista y de enviado; sobre ella descendió el Espíritu de Dios.

Así, cuando ponemos los labios en el raudal de la candente prosa teresiana, hasta físicamente adquirimos la evidencia de que en aquella prosa arde una llama que no se enciende sólo en humana mente, que es como fusión momentánea de dos llamas, como súbito contacto del alma de la enamorada Teresa con el propio foco del Amor. Así fué como por virtud de aquellas hablas divinas que sonaban en lo celado de su alma, allí donde no llega tumulto de sentidos, ni penetra punta de sensación, la humilde Monja de Castilla convirtiéndose en evangelista moderno y escribió entre resplandores de gloria—como las monjas de Toledo atestiguaron—el nuevo Apocalipsis del Amor, las Moradas, y predicó a los hombres con su vida y en sus obras todas el Amor.

Ante ella, como ante un viento de lo alto, se doblan como espigas las frentes de los incrédulos, al par que las de los creyentes, porque en su palabra de luz arde la afirmación de Dios con la triunfadora elocuencia de quien mereció conversar con Él.

¡Y cómo, sin un poder sobrehumano, sin el poder de Aquél que no habiendo escrito nunca sino en la arena, renovó el mundo con la virtud de su palabra que «es obra» y que creó los astros y las almas, nos explicaremos el influjo inmenso, y aun no bien medido y estimado, que los escritos de aquella humilde Monja descalza—que escribía sólo para sus hijas en Religión—han alcanzado sobre el arte, sobre la vida toda de España, sobre toda la Cristiandad; más aún, sobre la Humanidad entera, ya que para las hablas de Teresa de Jesús no hay almas sordas ni corazones impenetrables, pues sobre todas se ejerce, como el de la luz, el influjo de su arrebatadora palabra de Amor!

Su prosa, que como su semblante humano está llena de gracia, gracia que atestiguaron cuantos la conocieron, gracia que es la estética de aquende el «Calvario», el dinamismo del alma triunfante de la quieta perfección de la forma, es como el maná alimento suave a todos los paladares, agua para la sed de todos los espíritus. No hay versos ni armonías, ni rimas humanas, ni refulgir de entendimientos que compitan con aquella onda etérea, más diáfana y resplandeciente que el éter mismo, de la bienaventurada prosa teresiana

na, en cuya marea de luz sentimos flotar, arder y exhalarse en destellos y en aromas la suavidad inefable de las hablas del Esposo que ella guardaba en sus Moradas sublimes.

Y Santa Teresa, ese poeta sobrehumano, es todo nuestro; su decir está pegado a las entrañas étnicas y al concepto de la nacionalidad; de su corazón, abrasado en Divino Amor, arrancan las raíces de nuestro casticismo; y como la gracia no destruye la naturaleza, sino que la exalta y transfigura, puede afirmarse que con nuestra gran Escritora española subieron al cielo las virtudes de la stirpe y descendió la gracia creadora sobre la lengua que es alma de dos hemisferios.

Pero Santa Teresa es mucho más que un poeta, porque si es cierto que la Rosa de la ideal belleza no se abre en las manos de los ricos, ni de los poderosos, sino en las manos calenturientas de Amor de los poetas y de los místicos, a los poetas sólo les es dado ensoñar con la divina Belleza, y los místicos alcanzan a la cumbre de donde brota su fuente milagrosa: por eso los místicos son poetas de poetas, enviados de la Luz increada de la que sólo centellas caen de siglo en siglo sobre las frentes de los genios.

¡Bien hacéis, nobles damas de Barcelona, en evocar a la gran maestra del amor en esta hora de mundial tragedia, la más grande que vieron los siglos! Porque si la Santa, por un milagro de su divino Esposo, volviere a la tierra, tened por seguro que vendría para llorar como lloraba San Francisco de Asís, porque el mundo no amaba ya el Amor.

No; los hombres que hacen verter mares de sangre de hermanos y torrentes de llanto de madres, no aman al Amor. Aman sus codicias y sus rencores y viven como si Jesús no hubiera nacido en pobreza, ni hubiera muerto por amor.

Si Teresa se alzase de su sepulcro de Alba, sería para ir descalza y mendigando a pedir a los poderosos del mundo la paz, sagrada herencia de Cristo.

Y con tales palabras sabrían implorarla los labios de aquella gran amadora, que el odio se derretiría para siempre en los corazones de los hombres.

Blanca de los Ríos de Lampérez.



Santa Teresa, Maestra de Mística

EXCMOS. SRES.:

SEÑORAS:

SEÑORES:

La palabra, don altísimo de Dios y ornamento magnífico del hombre, mixta como éste de elementos espirituales y corpóreos, reclama con derecho un puesto entre las maravillas supremas del Universo.

Compendio ella del universo compendiado, que somos cada uno de nosotros, como nosotros participa de alguna manera en todas las creaciones.

Verbo de la boca, a semejanza del verbo de la mente, deriva su hermosura del Verbo de la Trinidad. Es en cierto sentido hija del Padre, y el Espíritu Santo tómalas por compañera en la obra trascendental de la renovación del mundo.

Proporcionada, sin embargo, a la condición del hombre para cuyo uso y en cuyo beneficio fué instituída, cuando el hombre desfallece, la palabra desfallece también, y si aquél es levantado por alturas tan excelsas donde poco o nada alcanza su discurso y donde su misma vida parece sumergirse en el piélago sin fondo de otra vida superior, Vida infinita y divina, la palabra entonces poco más vale que otro sonido cualquiera y no mucho más expresa que el trino del ave y el gemido del viento o el rumor de la fontana.

De aquí esas arduas dificultades que por momentos experimentaban los místicos al intentar la relación de sus emociones en las horas de los transportes inefables. De aquí también aquella graciosa perplejidad que asoma por las «Moradas» de la virgen de Avila y que donosamente disculpaba ella escri-

biendo que «tampoco Moysen supo decir todo lo que vió en la zarza» (1). De aquí a su vez procederán los múltiples y gravísimos obstáculos con que he de topar yo en el desarrollo del tema que escogí, amén de los que supone ya el girar este trabajo alrededor de una criatura extraordinaria.

Santa Teresa, portento de Dios

Porque eso fué en la tierra y eso es y será eternamente en el cielo Teresa de Jesús, una criatura extraordinaria, un verdadero portento de Dios, una gloria tan grande que no sería justo ni posible contraerla al honor exclusivo de la humanidad, cuando menos al de la raza o la patria.

Avila dirá: «Yo he mecido su cuna». Alba de Tormes dirá: «Yo poseo su cuerpo». España objetará: «Yo conservo el perfume de su transformado sér en los claustros de mis conventos». La Iglesia católica replicará: «Por mis sacramentos y mis gracias se elevó». La humanidad entera podrá exclamar: «Carne de mi carne y huesos de mis huesos». En pugilato ya con la tierra, argüirá el cielo: «Mía es, pues pensó como mis ángeles, amó como mis serafines, y en mis aulas de luz he aprisionado su alma, que no dejaré escapar». Hasta que Dios con su derecho disipe toda ficción de pertenencia, reclamando íntegra la honra para sí, cuyo fué entero el portento, pues Él solo la hizo, Él se la formó para su amor, Él la atavió con sus galas, Él la condujo muchas veces del Calvario al Tabor y del Tabor al Calvario, Él la dió que pregustase el cielo arrebatándola sobre las alas de su contemplación y aproximándola a sus entrañas luminosas; Él, en fin, la invade ya con su lumbré de gloria y la asegura dichosamente en la paz de su eternidad.

Carismas a granel

Los que por gran ventura somos cristianos; los que a la luz de la fe que recibimos atisbamos algo del poder inmenso de Dios y de sus augustas preordenaciones sobre los elegidos que con misión especial envía a la tierra, no podemos sorprendernos de que aparezcan, con intervalos más o menos grandes, almas selladas con el sello clásicamente divino del prodigio, seres enriquecidos de dones extraordinarios. Al número de estos tales pertenecen los santos. Entre ellos se cuentan los que hallaron deleitosa y suave la Cruz, propicio y sabroso el cáliz de Gethsemaní, y los que intuyeron con serena mirada profética el futuro, entre las turbaciones y vaivenes a que lo contingente sometido está; y los que realizaron obras de taumaturgia auténtica, con estupor de la naturaleza sorprendida en su curso majestuoso, y los que acertaron a leer, como en desenrollados pergaminos, en las profundidades inescrutables del corazón.

Por todos ellos lo extraordinario asoma en consonancia con la embajada extraordinaria que se les da o con el premio extraordinario que se promete.

(1) Moradas Sextas, cap. IV.

Más, en la hija de D. Alfonso Sánchez de Cepeda el número y la fuerza de los especiales carismas divinos maravilla, viniendo a trocarse en ella lo extraordinario en ordinario, y siendo lo raro de ella aquello en que conviene con el vulgo de los hombres, sus enfermedades, por ejemplo, sus lacerías de cuerpo y esas que podríamos decir «veleidades de la mariposa» cuando aún no había caído abrasada por la «centellica» y que permitió el Señor en su elegida, tal vez con el designio de estimular su humildad, tal vez por prevenirla, para cuando la endiosara, sobre su origen deleznable...

Prevención esta oportuna y necesaria por demás para nosotros que en la vida de Teresa de Jesús tanto pábulo halláramos al asombro y tantos motivos para juzgarla sobrehumana. Pues, es así que todo en esta mujer engendra pasmo.

Pasma su corazón, asaz desarrollado, amplio desde el nacer cual destinado a servir de recipiente a las comunicaciones torrenciales de la Divinidad.

Pasma la hermosura de su rostro, respetada de continuo por la muerte; sombra, sin embargo, en parangón con la belleza arcangélica de su alma.

Pasma la resistencia y el temple de su sér, cuyo vigor evoca el de aquella otra española, mujer y reina incomparable, D.^a Isabel, en cuyo cetro culminó nuestra grandeza política y fulguró el sol más bello que haya visto Granada y se hizo prisionero voluntario el corazón del aventurero que dió a todo un mundo la libertad de la fe y la vida espléndida de la civilización.

Pasma que esta monjita sin pretensiones, nada amiga de retoricismos, que hablaba al natural, con desaliño gracioso, tan sencillamente como podría hacerlo cualquier abuela castellana platicando con sus nietos sobre cuentos y consejas cabe el fuego confortante del hogar, llegara a ser con Cervantes «el único», la soberana del idioma, acatada por Fr. Luis de León el hebraizante, por Fr. Luis de Granada el ciceroniano, por Herrera el divino, por Calderón, por Garcilaso.

Pasma que una joven religiosa, tímida al parecer, sin estudio de humanas disciplinas, sin otro aire ni calor que los del Sagrario, semejante a esas flores de invernadero expuestas a morir si se las saca fuera, dominase desde el retiro de su escondido claustro con la extensión de su mirada virgen las necesidades de la Iglesia y de la sociedad de su tiempo. Y todavía admira más que, débil por su sexo y su salud, se aventurase impávida en la gigantesca empresa de una reformatión intrínseca y profunda, religiosa y social, bien así como el genio de Cisneros y muy a la inversa de como la quiso hacer el fraile apóstata Lutero, mintiendo consuelos a Cristo cuando en realidad profundizaba la herida de su Costado y ponía en peligro la existencia de su Esposa Divina.

Admira en Teresa que, como escribía el Maestro Fr. Luis de León, «una tan flaca mujer... robase los corazones que trataba para hacerlos de Dios y llevase las gentes en pos de sí a todo lo que aborrece el sentido» (1).

Y es admirable su doctrina, que la Iglesia califica de «celestial». Y más admirable su santidad, de cuyo aroma se ha perfumado todo el solar de la raza, a la manera que la casa de aquel Simón leproso cuando derramó sobre el Señor su bálsamo la Magdalena.

(1) Carta a los Carmelitas Descalzos de Madrid, Bibl. Aut. Esp. L. III. pág. 17.

Y mayores cosas sorprenden en esta Santa; todas las cuales demuestran que nos hemos ante «un caso estupendo de liberalidad divina». Cuando la contemplemos en el ápice de su grandeza, cuando la estudiemos «sobre el tejado de su casa y aun sobre el tejado de todo el mundo», cuando veamos, en fin, a Santa Teresa en sus altísimas elevaciones místicas, entonces conoceremos hasta qué punto Dios irrumpió sobre ella en cascadas de sabiduría y amor.

Pero antes de elevarnos miremos a ras de tierra. Tiempo vendrá que parezcan pequeñas todas las alas para el vuelo.

Sueños y desvaríos a la Pseudo o Mística

Cualquiera diría que la Mística es flor que nace y se desarrolla en este arrial yermo de nuestra vida, sin más cultivo que el suministrado libremente por las almas, sin esperar del cielo nada, sino a lo sumo una vaga complacencia.

Sólo así es dado explicar que se llamase Mística al Nirwana del budhismo, a la inmovilidad fanática de los ribereños del Ganges, al neoplatonismo de los heterodoxos de Alejandría.

Así es Mística esto como la «contemplación» de Plotino, como la «fe» de Proclo, o el «amor» de Jámblico, o la «centella divina» de Eckart; como el panteísmo de Allen Kardec, y el «iluminismo» de los Quakeros, y el «quietismo» de Miguel de Molinos, y el «pan cristianísimo» de Servet, y el «taumaturgismo» de Mahoma, y el «revelacionismo» de Martín Lutero.

Delirios todo de la razón pagana que se hace un dios a su capricho, impersonal la mayoría de las veces, imperfecto siempre, ora esfumable como el sueño, ora diluible como la luz, o ya mudable y contingente como el mundo e idéntico al mismo mundo. Aberraciones de la pobre mente humana dejada, sin brújula de fe, a la fluctuación de su inseguro navegar por el océano de la verdad infinita. O lo que aún es más temible, orgullo inexcusable de criaturas que habiendo aparecido en esta vida cuando ya era bien entrado el día de la Redención y conociendo al verdadero Dios empeñáronse insensatos en acercarse hasta Él, para descansar en su regazo luminoso, por los caminos contrapuestos que les trazó la intelectual soberbia.

Pseudo-Mística es eso y no más. Sugestiones de la «simia de Dios», que llamó San Agustín al diablo, quien, no pudiendo hacer las maravillas de su Señor en los senos recónditos del alma, pugna por parodiarlas con evidente tristísima fortuna.

Sobre las cumbres...

No, señores míos. Ni la Mística puede venir del mal espíritu que para sí la quisiera; ni la naturaleza humana podría con la plenitud de sus fuerzas alcanzarla. Ni acierto a explicarme esa rara «Mística natural» a que se refieren, con mejor intención que acierto, a juicio mío, algunos apologistas nuestros, el ilustrísimo Weis entre ellos; porque si es verdad que la naturaleza humana «tiene sed del Infinito,» no lo es menos que el «agua» que en la Mística se da ni es natural, ni brota en el alma como en su fuente, y excede en

mucho a las propias «aguas vivas» de la gracia, siendo ella en sí misma, como don propiamente místico, muy más alta que los sobrenaturales hábitos y virtudes por los que el hombre es restaurado moralmente.

Urgenos, pues, determinar qué cosa sea la verdadera Mística; este «maná escondido;» este «misterio de la verdadera Teología,» en frase de San Máximo; ésta que San Buenaventura llamó «filosofía de las cumbres» que con lumbres de Dios y destellos del cielo se imprime en el corazón, superior infinitamente a esa otra «filosofía que en el llano se queda y en pergaminos se escribe con negra tinta y plumas de ánsares.»

La Mística, gusto y trato de Dios

Y lo primero que se advierte es que la Mística antes que ciencia es trato intensísimo con Dios. Cúmulo de dones inefables que facilitan el gusto de su presencia, el enamoramiento de su hermosura, la contemplación altísima de su sér, más que posesión de unos principios de cuya virtualidad la razón vaya sacando, como de arrollada madeja el hilo, la luz de las consecuencias.

Sin que Santa Teresa intentara definir lo que denota en su propio nombre obscuridad indefinible, pues que decir «místico» tanto vale como decir «cerrado,» sellado, misterioso, sacramental, nos dejó el concepto aproximado de la Mística por estas sus palabras: «Acaeciame, dice, algunas veces estando en oración venirme a deshora un sentimiento de la presencia de Dios, que de ninguna manera podía dudar que estaba dentro de mí y yo toda engolfada en él, esto no era manera de visión, creo se llama Teología Mística, suspende el alma de suerte que todo parece estar fuera de sí, ama la voluntad; la memoria me parece estar casi perdida; el entendimiento no discurre... mas no se pierde...; no obra sino ésta como espantada de lo mucho que entiendo.» (1)

Presencia indudable del Señor, no ya por la pura actuación de su inmensidad, ni por la corporal especie que quiere representarla ante los ojos, ni por la fantástica que lo trae a la imaginación, ni por la abstractiva que lo pone en el entendimiento, ni por la revelada que en este infunde la fe; presencia del Señor, distinta de aquella real, aunque velada, con que se otorga en el Sacramento; presencia espiritual, fortísima, sublime, en el ápice mismo del alma; más alta, más deleitosa y sensible que la por el alma habida cuando se hace, al descender la gracia sobre ella, templo vivo de las augustísimas Personas infinitas...; presencia del Señor que suspendiendo el alma, la engolfa en Sí; que en la voluntad hace estallar grandes incendios de amor, al resplandor de cuyas llamas, el entendimiento sin esfuerzo mira, intuye espantado, contempla con suprema contemplación y como con divina connaturalidad lo que nunca soñara contemplar en Dios mientras se viese fuera de la Gloria; en tanto que «perdida casi la memoria» se diría el alma encarcelada todavía en el cuerpo, más lejos de su destierro que de su patria perenne y felicísima.

(1) Vida de Santa Teresa, cap. X.

Todo esto es la Mística, según se desprende de ese áureo fragmento de la Doctora seráfica, que Platón habría suscrito con orgullo. Fragmento que a maravilla conviene con lo que de la Mística pensaron los insignes Maestros del espíritu, cuando dijeron ser ella «contemplación altísima de Dios y amor suavísimo y gozoso del mismo, derivado de su íntima posesión» cual de torrente deshecho.

Pocos son los elegidos

A cualquiera se le ocurre que a tales alturas de comunicación extraordinariamente sobrenatural con la Divinidad no son todas las almas ascendidas o arrebatadas, sino una exigua minoría de ellas. Moisés sube al monte con la única compañía de unos pocos sacerdotes selectos. Ya en el monte, él solo penetra en el torbellino. Tal vez a la montaña de la santidad arriban numerosos corazones seleccionados de entre la masa creyente por la virtud depuradora de la Ascética. Mas ya en las cumbres, ¿cuántos serán llamados al torbellino de ese Infinito Dios, ávido de beatificar. anheloso por darse en plenitud, que irrumpe en el espíritu elegido poniendo donde virtudes dones, donde claridades reflejadas llamas voracísimas, donde deleites abreviados, torrentes de suavidad, donde esperanzas temblorosas gusto inefable del cielo anticipado?

Y si a poquísimos este favor es dado, ¿qué otra cosa nos queda sino esperar las noticias que nos prestan los elegidos; que en ese «mundo nuevo» penetraron? Noticias ¡ay! oscuras muchas veces y enigmáticas para los que, o subimos perezosamente por el monte santo, o tal vez nos revolvemos aún en el profundo de nuestras miserias morales.

Místicos eminentes

Experimento o noticia. Gusto especialísimo que se tiene de Dios o conocimiento que de tal estado altísimo comunicaron los escogidos elevados hasta El. Tales son los orígenes de la Mística experimental y doctrinal.

Refiriéndonos a la última defendemos para Teresa de Jesús el título de Maestra incomparable. De aquella otra Mística personalísima de Teresa, de sus experimentos de la Divinidad al resplandor de la «hermosa, pura y fuerte» Luz, de sus íntimos tratos con el Amado que «se apacienta entre lirios,» de su transformación y desposorio espiritual con Jesucristo, sólo ella supo y aunque algo sus escritos quieren decir (ese *algo* que aprovechamos nosotros para aclamarla Doctora), y algo también parece expresar ese corazón que Alba de Tormes conserva entero, como si el Señor lo quisiera incorruptible para seguir asaeteándolo, aspirar a la comprensión de sus transportes, así valdría como querer destruir cancelas que el mismo Omnipotente Señor ha fabricado.

Reducirnos hemos a poner de relieve la personalidad de la monjita de Avila en el desenvolvimiento de la Ciencia Mística, ciencia divina sobre toda otra ciencia que se ocupe de Dios; ciencia que llamaría yo «celestial corona

de la reina de las ciencias,» si se ha de respetar la realeza que sobre la ciencia universal asignó Cervantes a la Teología.

Y ya que de la Mística Doctrinal nos ocupamos, fuera imperdonable no hacer mérito aquí de los insignes místicos; no evocar cuando menos el recuerdo de aquellos dos Apóstoles levantados respectivamente por Dios desde las cumbres de la pureza y de la contrición, el uno para ser abrumado con los misterios del Apocalipsis, el otro para paladear bocados de paraíso, no mencionar siquiera al venturoso mortal que escribiese los «Nombres Divinos» y los libros de la «Jerarquía eclesiástica y angélica» y a doctores de esta «ciencia trascendente» tan ilustres como San Gregorio Magno, San Buenaventura y San Bernardo, a los famosos Hugo y Ricardo, de la celeberrima Abadía de San Víctor, a un Taulero y a un Bossuet...

En esto, sin embargo, como en tantas cosas, cabe a la nación española por su gloriosísimo pretérito inmortal el honor de la primacía. Español es aquel serafín a quien el respirar de Dios le hacía correr con semblante plateado por insulas extrañas y profundísimas cavernas, al resplandor de lámparas de fuego, derramando emisiones de bálsamo divino; aquel Juan de la Cruz que en busca del Amado exclamaba:

«¡Oh bosques y espesuras
plantadas por la mano de mi Amado!
¡Oh prado de verduras
de flores esmaltado!
¡Decid si por vosotros ha pasado!»

a quien luego respondió:

«Mil gracias derramando,
paso por estos sotos con presura,
y yéndolos mirando
con sola su figura
¡vestidos los dejó de su hermosura!»

hasta que ya en ansias deshecho conjuraba a su Señor:

«No quieras enviarme
de hoy más ya mensajero,
¡que no saben decirme lo que quiero!»

Español es Diego de Estella, el de las «Meditaciones del Amor.» Español el dulcísimo Juan de los Angeles, Diego de Jesús el Senequita; del Arzobispo Quiroga, Rivadeneira el de la «Tribulación.» Españoles otros mil que bebieron con hartura en aquellos «copiosísimos arroyos de leche y miel.»

Española, sobre todo, y española que se ciñe a las sienes con derecho «la corona de la reina» de que hablamos es Teresa de Jesús, la mujer «cuya doctísima ignorancia ha hecho parecer ignorantísima la ciencia de muchos hombres de letras que después de un grande tráfigo de estudio se aver-

gientzan de no entender lo que ella tan dichosamente escribió de la práctica del amor santo;» (1) la autora de esos bellos libros que se llaman «Camino de Perfección,» «Exclamaciones del alma,» «Libro de las Misericordias» (el de su Vida), «Libro de las Fundaciones,» y para acabar de una vez, la escritora de las «Moradas o Castillo interior,» libro portentoso, tres veces estupendo, de esa media docena que el genio del Cristianismo ha creado al amparo del Numen infinito en el lapso de veinte siglos para que formen el séquito literario, brillante y glorioso de la Biblia.

En todos esos escritos, y particularmente en ese «Castillo», que bien podríamos decir «Castillo encantado por Dios», campea el magisterio místico de la Doctora. Fuerza será que presentemos algunas sabias enseñanzas suyas. Antes, sin embargo, me permitiréis algunas ligeras incursiones por el campo de la vida espiritual, que no parecerán incongruentes.

La Teología y sus variedades

Toda ciencia que estudia a Dios es Teología. Si lo estudia a la luz pura de la razón, luz bien escasa, por cierto, será Teología natural. Si lo estudia a la luz de la fe y se huelga con solos los conocimientos que acerca de Él suministra la Revelación y con los que en ella se contienen virtualmente, será Teología fundamental o positiva. Si, acatando sobre todo esas excelsas noticias que la Fe enseña de Dios, de su inefable vida interior y de su vida de relación amorosa con las criaturas y particularmente con el hombre, quiere, además, aprovecharse de la eficacia y virtualidad de esa lumbre que por la vía de la Revelación le viene de lo alto, y al auxilio de su claridad mueve el discurso de la razón humana, y de este modo trabaja por aumentar el acerbo de sus ideas y el resplandor de sus verdades (sumadas la luz descendente y la ascendente, que al fin de idéntico abismo de la increada Luz, aunque por distintos caminos, traen su origen), surge entonces la Teología escolástica.

Puede ocurrir que esta Teología no busque la noticia especulativa de Dios precisamente y sí el conocimiento de aquellas obligaciones trazadas por Él, ya valiéndose de sus Profetas y Legados, ya por Jesucristo su Unigénito, Profeta Supremo y Redentor del mundo, ya por la Iglesia, que continúa la misión y la obra de Jesucristo en el espacio y en el tiempo; obligaciones sin cuyo cumplimiento fuera presunción tentadora esperar unirse con el mismo Dios eterna y gloriosamente; y esto es Teología moral, ciencia especulativo-práctica de lo agible y lo evitable, ciencia de salud del alma. Puede ser también que la Teología, refiriéndose a Dios como a su material objeto augustísimo y al hombre como a su secundario objeto, estudie la acción santificadora de Aquél sobre éste y la cooperación que a su vez puede ir prestando a la obra santificante de Dios en el triple estado de iniciación, progresión y perfección, que explica el ciclo de la santidad de los viadores, y esto es la substancia de la alta Teología ascética. Sí; nutrida la Teología

(1) San Francisco de Sales, Pról. de la «Práctica del amor de Dios.»

con la Fe de la Dogmática, ilustrada con la ciencia de la Escolástica, abrazada con la Ley de la Moral y robustecida con la santidad de la Ascética, aun se sorprende de verse más alta remontada y se siente más cerca de Dios y le contempla mejor a medida «que ingresa en sus tinieblas», y toma «gusto» de Él y le trata de modo divino, no así como antes por virtudes, que siendo divinas se acoplaban a los moldes psicológicos del alma, sino por dones del Espíritu Santo y acaso por otros superiores a los dones conocidos que ahora moldean el alma en formas de peregrino endiosamiento; si la Teología se cierne por tales sublimes excelsitudes, entonces es la Mística.

Mística, Ascética, Moral, Escolástica, Dogmática; argumentos todos de la inmensa Bondad, que es Misterio y se deja entrever, y es Sabiduría y se deja participar, y es Majestad y se pone al alcance del hombre, y es Santidad y se difunde, y es Gloria y permite ser gustada. ¡Qu émucho! Es Dios y llegará a hacer de nosotros como dioses.

Ascética y Mística

Todas las especies de la Teología, de igual manera que en la substancia de su objeto, se identifican en la finalidad definitiva y última de sus tendencias. Todas se ordenan a Dios y todas persiguen con la gloria de Dios su unión dichosa con el hombre; unión de entendimiento o unión espiritual de gracia o unión estrechísima de amor, o unión sobrenaturalísima mística, o unión consumada de bienaventuranza, como corona y fruto de todas las uniones de esta vida.

De aquí que todas las Teologías conspiran a prestarse mutuo apoyo y se penetren a veces entre sí, no siendo de admirar que tal suceda, pues que las comunicaciones de la Divinidad también se penetran y entrelazan en el interior del alma, y las mismas razones teológicas se identifican absolutamente en la Unidad del Infinito Dios.

Aquella aproximación y mutuo servirse y aun penetrarse de las ramas de la Teología ocurren principalmente con la Ascética y la Mística. Ambas quieren al alma libre de la monstruosidad del pecado mortal. Ambas la obligan al combate y la internan en su respectivo purgatorio. Ambas la toman para elevarla, aunque la Mística por más altas esferas. Ambas la van asemejando, cada una a su manera, con la hermosura de Dios. Ambas, en fin, la disponen (cuanto les permite la desproporción del futuro vivir de patria y gloria con el vivir presente de destierro y de cruz) para el vuelo definitivo hacia el Amado.

Sin que sea posible trazar exactamente la divisoria entre la Ascética y la Mística, dado que nada puede coartar ni impedir a la Bondad divina si ella quisiera comunicarse por modo maravilloso y místico a los que discurren por los ínfimos grados del ascetismo, y supuesto que, además, todas las santas prescripciones de la Ascética alcanzan a los místicos por muy excelsamente que arrebatados sean, sin embargo, por lo que generalmente acaeció y nos refieren esos insignes elegidos del Señor, allí empiezan las comunicaciones portentosas, donde las ordinarias de la gracia obtuvieron sazón; no

que sean las unas continuación y corolario de las otras, que bien puede Dios decir, si le place, «basta» ante el alma mejor purificada y muy amante, sino porque atendido el acostumbrado proceder de la Providencia, ordenado y suave, primero es subir a las regiones intermedias que a las superiores, y a éstas que a las altísimas...

La Ascética realiza en el hombre aquella trina labor de «reformaación, confirmación y conformación,» que es la armazón solidísima de los «Ejercicios» de San Ignacio de Loyola. La Mística más bien «transforma» y como que empieza a vestir con luminosa vestidura de cielo las almas que asume de la tierra.

Labor del ascetismo

Creo que fué Santo Tomás de Aquino quien aplicó a la naturaleza humana en estado de yacimiento de culpa los símbolos proféticos de los Evangelistas. El apetito concupiscible representado es por el toro; el irascible, por el león; su parte racional, por el hombre; aquella región superior, que Santa Teresa con tan profunda intuición psicológica distingue en el alma, región del espíritu, donde radica la inmensurable capacidad pasiva que Dios aprovecha para las elevaciones inefables de la naturaleza y para la suprema deificación de la gloria, representada está por el águila. Tarea santa del Ascetismo es quebrar las astas de «aquel toro» y dejarle tan impotente como si fuese muerto; convertir aquel «fiero león» en manso corderillo; hacer de «aquel hombre», que a la razón simboliza un hombre «nuevo», conforme a la novedad del Hombre-Dios; hombre que piense y obre y se produzca en todo como hombre, teniendo a Dios por Dios y a las criaturas por criaturas, no trocando el fin en medio ni el medio en fin, no posponiendo el foco al destello, ni el manantial al arroyico, ni la Suprema Causa a los pequeños efectos; no amando la tenue proyección del bien, sino en la Infinita Bondad que lo proyecta, y por ella y después de ella; no viniendo a perecer por perseguir un reposo falaz, en la ficción de la hermosura creada, cuando es así y San Francisco de Sales lo dejó escrito, que la de todos los seres criados no es sino un fragmento de la Belleza Esencial hecho pedazos.

Todo esto es misión de la Ascética, que ella progresivamente cumple ahuyentando del alma la culpa con la presencia de la gracia; actuando con la sobrenatural energía de ésta contra las malas pasiones y apetitos; aplicando la divina dinámica de sus virtudes teológicas y morales a potencias y sentidos; agitando, sobre todo, y alimentando y arreciando sin descanso el fuego de la caridad, y a la luz de este fuego disipando la noche intelectual, quemando con su lumbre la tela que impide a la «vista» del alma ver las cosas en su entidad y en su verdad y en su relación y en su fin, iluminando con su fulgor los abismos de la humana ingratitud y los de la Misericordia divina; renovando, finalmente, con su virtud los interiores sentidos del hombre, que ya no más quieren sino mirar a lo alto y escuchar la voz del Señor y paladear sus manjares, que son sufrimiento y cruz y andar por caminos de justicia y satisfacer su hambre con «Pan de ángeles» y refrigerar la sed con las «vivas aguas» del torrente, que ahora le brota al hombre de su mismo corazón.

Labor de complejidad maravillosa, en cuyo desarrollo y perfeccionamiento pone la Ascética a disposición del alma todas las santas industrias y prácticas de la piedad, harto ingeniosa de sí; pero particularmente aquella sublime industria de la oración, cuya eficacia nos consta, pues sabemos «penetra los cielos», «inclina el corazón del Rey» y en cierto modo rinde la voluntad de Aquél ante quien tiemblan las Potestades.

Los ascetas ascienden a la contemplación

Y no se crea que esta oración, que la Ascética propone a los que van por los varios caminos de la vida espiritual, se contrae a la plegaria resbalada por los labios; antes es oración mental más que vocal; es luego discurso piadoso de meditación saludable y persistente; es más todavía; llega a ser un mirar a Dios, aunque imperfecto, contemplativo, a cuyo través sólo virtualmente penetra el discurso de la razón iluminada por la fe. La Ciencia ascética sabe que la cogitación es árida y la meditación pródiga y la contemplación dulce» (1) y a los que generosos se dejan guiar por esa Ciencia y cooperadores de la gracia de Dios, dispuestos están no ya a caminar, sino a correr hacia la santidad, la Ascética levanta a la contemplación del Señor y a Él los aproxima ya por movimiento recto, ya por el oblicuo, ora, en fin, por el perfecto movimiento circular. De esta admirable manera la Santa Teología, que enseña a humillar las «fieras» de nuestros apetitos y nos trae a ser «hombres» de verdad, «hombres de Dios y de Cristo», toca también en las cumbres de la naturaleza humana, eleva lo superior y excelso del espíritu, sacude las alas del «águila» y la hace volar.

Estados divinos extraordinarios

Días largos y aun semanas y meses necesitaríamos para ponderar las excelencias de esta «Teología de Santos», que practicada incesantemente por los justos en todos los lados del mundo y en todos los instantes del tiempo constituye argumento gloriosísimo e incontrastable de la Divinidad de la Iglesia.

Pues ¿qué diremos entonces de la sublime Ciencia mística? Meditad que en el estado a que esta Ciencia se refiere el entendimiento alcanza una contemplación que nada tiene que ver con su discurso. La voluntad, abrasada por llamas violentísimas, que no acertaría a explicar cómo se le producen y la invaden y la torturan dulcisísimamente, llega a la locura del divino amor. La memoria quédase a veces absorta y limpia de recuerdos, a modo de tabla rasa en donde ninguna impresión hubiera grabado el pretérito. La imaginación viene a caer con frecuencia en una atonía de espanto, confusa por no haber llegado a soñar estos resplandores suavísimos, y estos aromas sutiles, y estas palabras sin sonido, y estos incendios sin humo, y estas mieles sin empalago,

(1) Fr. Juan de los Angeles: «Conquista del Reino de Dios». Diálogo VIII.

y este volar sin fatiga, y este dormir de despiertos y todo este llover de maravillas que ahora caen tan a su vera.

Reflexionad que en tal estado, que la Mística Teología nos enseña, para remontarse el alma cuanto se remonta, no tiene bastante con las alas que le prestaron la Caridad y la Esperanza y la Fe. Hincarle ha Dios encima de estas, en lo supremo de la mente, otras mayores y más fuertes y bellas, desarrolladas al calor de los fecundos dones de su Espíritu, al amparo acaso de Dones estupendos que no le plugo revelarnos; alas con que el alma se levanta hacia su Amado y ora le contempla por cien prodigiosas visiones, ora le atisba entre las tinieblas que produce el sobreexceso de su fulgor, ya inicia con El los desposorios castísimos, ya se adormece extática en sus brazos, o bien se deja arrebatar sobre su gloria entrevelada, a la manera del aguileño sobre su madre el águila.

Añadid a estas otras maravillas y prodigios que la Mística registra, realizados por Dios en los que podríamos decir «bajos fondos» de la naturaleza humana; en los apetitos que llegan a estar semi-muertos; en el sentido, desasido a veces de lo sensible en términos que se diría barrunta e inicia la casi espiritualización que le espera en el día último y solemnísimos del tiempo; en todo el organismo, en fin, que, ya deriva del alma su porción de resplandor y gozo, ya es regalado como ella de tormentos que amenazando matar son tan deleitosos que causan el ansia de «vivir muriendo», ahora se siente arrebatado con el dichoso espíritu que aprisionado tiene, ahora desamparado vése de él, en forma que sólo un hilo tenuísimo le mantiene en contacto con la vida...

Todo esto y cosas más altas y asombrosas constituyen la materia de la Mística, ciencia sublime, maravillosa, Teología de los cielos entrevistos.

De la mujer Serafín

Pero vengamos ya a contemplar el vuelo de serafín de nuestra Doctora sobre esas empinadas cumbres del Ascetismo y la Mística.

Tomando la oración en sus distintos grados como medio segurísimo para determinar las ascensiones del espíritu por la escala de la santidad, distingue en su «Vida» y en su «Camino de Perfección,» cuatro modos de orar que llama ella «oración común,» «oración de recogimiento,» «oración de quietud» y «oración de unión.»

Todas ellas explica con la siguiente bellísima metáfora. El que se determine a ser santo ha de hacer cuenta que en su interior va a labrar un huerto a medias con el Señor. Ese huerto es el alma, erizada de espinas y plantas salvajes, que son las pasiones. Lo primordial es arrancar todas estas malezas a fin que el Sembrador Divino arroje sobre la tierra ya dispuesta las celestiales semillas. Una vez realizada la saludable siembra, precisa tratarla con esmero y regarla a cualquier precio. De cuatro maneras puede el huerto ser regado; o «con sacar el agua a brazo de un pozo,» que es «muy a trabajo» y propio de los que comienzan; o con extraerla «por noria,» lo cual da más abundancia de agua y es método de los que progresan; o canalizando la co-

riente de un río que cruza el huerto, que es como hacen los perfectos; o recibiendo simplemente la lluvia generosa y copiosísima del cielo y el riego reservado a los hortelanos extraordinariamente favorecidos de lo alto.

Según la clase del riego, así son de hermosas y perfumadas las flores y de crecidos y sazonados los frutos. Por descontado que estos, si «Dios llueve mucho y recio,» pueden presentarse junto a los propios del paraíso eterno.

No cabe explicar mejor ni en menos las augustas evoluciones de la Vida espiritual. Por algo se llama Doctora a Santa Teresa.

Un libro, milagro del genio

Donde, sin embargo, se demuestra ella Maestra consumada e insuperada de Mística es en las «Moradas,» verdadero milagro del genio asistido por Dios.

Imagina la seráfica virgen ser el alma a guisa de un Castillo resplandeciente, precioso como perla oriental, maravilloso como «árbol de vida que está plantado en las mismas aguas vivas de la Vida que es Dios» (1).

Cerco de este Castillo son el cuerpo y el mundo donde viven (si tal puede llamarse vivir) vida lánguida, vida deshonrosa de tentación y de apetitos, los que no se resolvieron a pasar al interior. Y son muchos los sin ventura.

Viénesse al interior del Castillo por la puerta real que es la oración, y al penetrarse por esta en él, luego se advierte que tiene moradas varias, a todas las cuales alcanza la luz, aunque con bien distinta viveza y hermosura de esplendor.

En la Morada primera, inmediata al ingreso de la interior Fortaleza, suele encontrarse a los espirituales menos espirituales, a los novicios de la virtud. Aquí están estos libres en verdad de los pecados de muerte, más dificultados para el movimiento sobrenatural por los ligamentos de las culpas leves. El Sol Divino les esplende la luz de su gracia; pero ellos oponen la opacidad de sus pasiones no dominadas aún y la refractaria argamasa de sus aficiones a la vanidad de las cosas del mundo. Es como «si sobre un cristal que está al sol se pone un paño negro, que aunque el sol dé en él no hará su claridad aparición en el cristal.»

La Morada segunda, más bella y alumbrada que la anterior, es paso para las almas que se han persuadido que es amor la perfección, un amor grande y perseverante. En llegando acá, las almas aman mucho a Dios y le saben amar en Sí y en sus amables imágenes, los hombres; hijos suyos y nuestros hermanos por el origen y por la Cruz.

Acaso y sin acaso en esta mansión del Castillo despliega el mal espíritu sus huestes y las lanza a pelear, temerosas de que las presas de antaño se les escapen. Si las almas son varoniles testigo ha de ser la Morada presente de sus triunfos; porque a obtenerlos ayudan, la memoria que de continuo evoca el recuerdo de los que hinchó la vanidad y pasaron cual si no fuesen, la voluntad que «inclina a amar adonde tan innumerables muestras ha visto de

(1) Para evitar la prolijidad de citas advertimos que todas las frases entre comillas son de la insigne Doctora.

amor,» y el entendimiento persuadido por alta oración que «fuera de este Castillo no hallará paz» y que es suprema estulticia andar por casas ajenas, pues la propia es tan llena de bienes.»

Peligroso sería a tales almas pensar que su enemigo se retiró ya del Castillo, confeso de su impotencia. Penetrar han ellas a la Morada tercera y encontrarle deben allí, sacando nuevos bríos para la lucha de sus mismas amarguísimas desesperaciones y poniendo a combate toda la batería de sus astucias viles y cobardes. Cierto que todo será en vano. Divisa de aquellas almas en el alto aposento donde se ven, es el desasimiento. Sueltas y libres hasta de sí por la generosa renunciación del amor propio, ¿por dónde podría cogérlas el tentador? Para mayor seguridad de «las divinas almas encastilladas,» no harán juego al ángel de tinieblas si se viste como ángel de luz y las ofrece embriaguez de dulcedumbre; pues mejor han de querer desabrimientos que dulzuras y nada les hará oídar que no en los gustos sino en el mucho amor está la perfección y que no hay amor tan clásico y divino como el que se nutre de sacrificios.

La Morada cuarta del Castillo percibe con mucha abundancia y fuerza los resplandores del Sol Divino. Trabajo cuesta a nuestra insigne Doctora describir las maravillas que en este aposento tienen lugar. No parece sino que al intentarlo «están (en su cabeza) muchos ríos caudalosos,» cuyas aguas se despeñan y que inúmeros pajarillos la aturden con sus trinos, cantándola encima de los oídos, «adonde dicen que está lo superior del alma.» Los que penetran acá se regodean con una nueva y peregrina oración. Supongamos con Teresa de Jesús que hay en el «Castillo interior» dos fuentes con dos pilas que se hinchen de agua, pero de bien diferente manera, a una fuente vienen las aguas por artificio, de lejos al través de arcaduces o acueductos; la otra está en el nacimiento mismo del agua y váse hinchando sin ruido, y si el manantial que la hinche es caudaloso, cuando se ha llenado la pila rebosa y procede de su sobrante un arroyo o río cristalino.....

No se podría explicar mejor la diferencia que intercede entre la oración meditativa y la contemplativa. Aquella trae su caudal del discurso y de más lejos aún; de la impresión que los sentidos han sacado de la reverberación de la Divinidad en el Universo. La contemplación se nutre directamente de Dios y en El váse hinchando suavemente, dulcemente, desbordando en las potencias espirituales y hasta en el cuerpo...

Innecesario advertir que las almas en esta Morada han de ser sobre todo absolutamente humildes. La humildad ha de moverlas para que amen a Dios sin interés, anhelando pasión más que gozo, considerando qué harían y serían ellas sin estos regalos de la Suprema Bondad y evitando toparse con algunas aficioncillas que a modo de «lagartijas» ha conseguido el mal espíritu deslizar por esta mansión preciosa de la Fortaleza. Tengan presente que no están todavía criadas, sino como niño que comienza a mamar, que si se aparta de los pechos de su madre ¿qué se puede esperar de él sino la muerte?

A otra más alta y estupenda Morada se asoma la anterior, Morada quinta del Castillo, a donde no muchas almas llegan, mas las felices que llegan incoan ya la suspirada unión con el Amado. Se vive en este aposento una vida misteriosa; un vivir de morir que es «una muerte sabrosa, un arrancamiento

del alma de las operaciones que puede tener... el entendimiento se querría emplear en entender... y como no llegan sus fuerzas a esto, quédase espantado, de manera que si no se pierde del todo, no menea pie ni mano como decimos acá.»

Hasta esta quinta Morada a donde llegan los perfectos, las almas han pasado por las distintas fases de la evolución ascética. Iniciaron su nueva vida resucitando de la muerte del pecado por la gracia. Una vez con gracia no enterraron este divino «talento» como el egoísta de la parábola, sino que se determinaron a negociar con él ese negocio único de la salvación. Para progresar y crecer y venir a perfección en aquel nuevo vivir no más hubieron de poner de parte suya, que un corazón generoso enteramente abierto a su Señor y una completa desestima de cuanto no fuese El. Con sustento abundante de virtudes, de caridad, sobre todo, que se les fué dando por instantes aumentada obtuvieron la plenitud de su santo vivir, y he aquí que cuando llegan a la sazón de esta vida sobrenatural (que es en la Morada quinta del Castillo) entonces están «muertas» para el mundo, para el demonio y para sí, como muertas; vivas para el Amado y para hacer bien a las almas que redimió el Amado con su sangre...

Solidísima base de ascetismo

A poco que se medite, adviértese que la base psicológica de la Ascética de Santa Teresa es la misma de San Juan de la Cruz, de Fray Juan de los Angeles, de San Ignacio de Loyola.. El «conócete a ti mismo» de la escuela socrática y el «conocer a Dios» principio de vida eterna que Jesucristo enseñó. El «que me conozca y Te conozca» de San Agustín. El aprecio de las miserias propias, engendradas del desamor de nosotros mismos, y el aprecio de las perfecciones inmensas de Dios de donde procede un amor fuerte y encendido de su Bondad. El «mi Dios y mi todo» que en corazón y en boca trafa siempre la celestial Doctora.

Una síntesis sublime de Santa Teresa

Si de los genios fueron en todo tiempo las sublimes síntesis, del genio del Serafín del Carmelo es la siguiente, que comprende todo el proceso admirable de la vida ascética. Ved lo que acontece con los gusanos de la seda. En su embrionario vivir semejan simientes diminutas, granos pequeñitos de pimienta. Al apuntar la Primavera se apodera de ellos «la inquietud de la vida.» Cuando luego los morales están vestidos de hojas los gusanillos nacen; que es cuidado de la Madre Providencia no dejarlas nacer sino a la sazón en que puede sustentarlos. Ya están los gusanillos bien a placer sobre las hojas del moral. Ya van hilando la seda con sus boquitas. Ya son grandes y se afanan sin reposo en su industria portentosa. Y así fabrican su casa. Ya... ¿cómo tal? ¡inocentes gusanillos! ¡Ya la han cerrado del todo y sin caer en la cuenta se han labrado su propia sepultura. Hélos ahí muertos en su capullo. Pero...

esperad. Dentro de esos capullos-tumbas se opera un misterio de metamorfosis. Los gusanos grandes, feos y muertos, son crisálidas. Un poco más... y veréis que los capullos adelgazan por un punto. Ya se transparentan... Ya abren... Ya han dejado puerta franca a las graciosas mariposas... Ya vuelan estas e irisan sus alitas con la policromía del sol... ¿Después? Arrojarán las simientes de la futura vida, y sin objeto la suya propia, vendrán a morir su muerte definitiva... ¡Oh Dios! Eres grande en todo. Grande en los santos como Teresa. Grande en los gusanos como «granitos de pimienta.»

Como estos, negra y despreciable es el alma pecadora a los ojos del Señor. En el estado de muerte a que el pecado la reduce, al apuntar la Primavera de la gracia, «muévase el alma,» como los gusanillos en embrión, por los remordimientos saludables; experimenta ella también «la inquietud de la vida» hacia la cual avanza... Luego los morales aparecen vestidos; ha renacido el alma y sus potencias cubiertas son ya por las divinas virtudes. Sobre ellas trabajando hila el alma su perfección. Poco a poco va formando la casa en que ha de encerrarse... Por momentos se incomunica con la vida exterior... Cierra al fin la sepultura que se hizo y muere... Mas ¡con qué distinta muerte! Antes murió en el pecado. Ahora está muerto en Jesucristo. Ahora a semejanza del gusano que se enterró en su capullo, vive «escondida en Jesucristo...» Un poco más, e hila ya con alas de contemplación, adornándose con los destellos de su adorable Sol de eternas hermosuras. Cuando volando el alma sobre el mundo haya dejado caer en él las simientes para la vida santa de sus semejantes, la luz de la doctrina, los gérmenes de los buenos ejemplos, soltará también la envoltura de su carne y se irá a volar para siempre por los inmensos espacios de la Gloria.

En los atrios de la inmortalidad

Pórtico de aquella Gloria, de ese Cielo que constituye el «ideal supremo» de los santos y en general de todos los hombres que saben «de donde vienen y adonde van» son las dos últimas «Moradas del Castillo.» Cuando el alma es por ellas introducida, pues acá no vale querer entrar, sino ser internado graciosísimamente por el Señor que con fausto inexpresable las habita, bien puede decir que es ella la Esposa de los Cantares que llevó el Esposo «a la bodega del vino.»

No lo será sin previa prueba, suprema y dolorosísima. Sin que atravesase primero ese espantoso Purgatorio Místico, de cuyas penas nos cuenta Santa Teresa.

Un fuego excelso ha de invadir al espíritu, buscando para oprimirlo o inutilizarlo; ese gusanillo apenas perceptible que no abandona al hombre sino después de muerto; peligroso como aquel que royó la yedra de Jonás Profeta; temible cual lo era en la apreciación para San Pablo aun después de sus sublimes arrebatos.

Un desamparo de Dios ha de ocurrir, que deje al alma, según la subidísima frase de la Doctora, «colgada sobre el cielo y la tierra,» sin que parezca posible a ella, que es tan débil, descansar en el Criador ni en las criaturas.

Una noche tenebrosa ha de envolver al alma, donde mire y nada vea, y cuando más la mirada sutilice, más pesada la cerrazón caiga en las pupilas de la mente; noche densísima, donde como en clausura hermética nada de exterior perciba; donde su voz clamorosa le sea estampido seco en soledad horrrfona; noche de espanto, de tormento indecible, comparable sólo a la noche del infierno...

Y después... como si una férrea mano se deslizase en las tinieblas y llegase al alma y la angustiase atándola en todo su ser y la dejase sin movimiento en la razón, ni en la voluntad, ni en la memoria. Por si era poco que no brillasen las fosforescencias del mundo, a las cuales el alma murió y que todo el cielo apareciese apagado, se apagan también las luces interiores. La noche por fuera y por dentro.

Y de pronto cuando el alma es ya semi-dormida en una especie de sueño de casi aniquilación... «Su Majestad que la despierta a manera de un cometa o trueno,» el día que luce como no lució jamás, el entendimiento que contempla asombrado, la voluntad que es devorada por incendios de amor violentísimos, consumidores de toda atadura y escoria, un gusto inexpresable; una armonía suavísima; una posesión de todo; un vivir que no será el del cielo, mas tampoco el de la tierra; un obtener del Altísimo con abundancia de torrente los dones inefables místicos.

Cierto que nunca soñar podría el alma que, en vida todavía, se la llevase por aquel tremendo Purgatorio Místico, donde es supremo terror «la vista del doble abismo,» de que escribió Santa Catalina de Génova... Pero ¿cuánto imaginar tampoco, tan cerca de esos abismos, estotros de hermosura y luz, de dulcedumbre y amor, de gozo que engendra pena y de pena que se deshace en gozo?

Desposorios, éxtasis, unión santa de amor

Abismos son estos que ocupan las dos Moradas postreras del «Castillo.» De ellas diremos a la vez, pues «de la una a la otra no hay puerta cerrada.»

Es aquí donde se hace rato y firme el espiritual matrimonio, que consumará la gloria, entre la Divinidad transformadora y el espíritu del místico. Altísima operación de amor sella y valida los castos desposorios que se iniciaron antaño. Como espantados de la belleza infinita del Esposo, quedan en silencio cuantos figuran en el cortejo del alma y no osan bullir ni imaginación, ni sentidos, ni potencias. Quiere el Esposo probar de amor a la esposa, y a manera de fuego voraz que desprende de sí una centella, lanza enrojecida saeta de amor sobre el alma y hiérela. Herida el alma, quéjase con acento de amor de la pena del herir: pero la pena es sabrosa y al acercar el Amado su mano para extraer la saeta, váse el alma tras El y le suplica y le adora y no más querría sino que siempre la estuviese hiriendo; porque el dolor de tal herida es dolor y no es dolor, es mezcla inefable de padecer y gozar; es un sentir prematuro del morir, confundido con otro sentir prematuro del sempiterno vivir; es... ¡oh pobre mente míal que no acabas de entenderlo. Cristo

Jesús lo experimentó como nadie en su agonía redentora sobre la cruz del Calvario.

Y ¿cómo temer que operación tan grande proviniese del espíritu siniestro o fuera espejismo de la imaginación enferma? Acaso puede el tentador «dar deleite que parezca espiritual...; mas juntar pena y tanta con quietud y gusto no es de su facultad, que todos sus poderes (tiene) por las adfueras.» Menos, la imaginación podría producir tal, pues no hace, ni fabrica sus anjos en el interior del alma.

Allí es, en las últimas Moradas del «Castillo», donde el alma es transportada por éxtasis y arrobamientos. Se diría que quiere enseñarla el Señor cómo ha de venir y estar en las estancias bienaventuradas. Y así la saca un poco de su cuerpo; y empieza éste a enfriarse; y se advierte luego que los sentidos se embotan y que muere en los oídos el rumor y queda extática de luz en las pupilas y pies y manos tan quietas como de estatua y el corazón moviéndose lento cual medroso de turbar con sus latidos el misterio que se opera allá... muy arriba... en el ápice de la naturaleza... en lo excelso del espíritu... Y el espíritu atisbando entretanto, y el entendimiento ahito de mirar y ciego a la vez del resplandor de lo que él mira, como ojos de hombre empeñados en soportar el brillo del sol en el zenit y presto empañados por el vapor de las lágrimas; y la voluntad raptada en gozos suspensivos; y la fantasía y la memoria y todas las facultades inferiores, quietas, embargadas de una dulzura secretísima, como muertos tal vez, con esa muerte que tendrían abejas aplastadas por el peso de un panal que no labraron...

Allí es, en las últimas Moradas del «Castillo,» donde con la facilidad que un gran jayán puede arrebatar una paja, «este nuestro gran gigante y poderoso (Dios) arrebató el espíritu;» donde el Señor que rapta, llévase al alma, tan presto y fácilmente como ola ingente que sube a lo alto la navecica frágil; allí es dónde después de haberla tomado la rechaza aparentemente de junto a Sí, a la manera de una madre que adorando en su hijo lo expulsa de su seno preparándose la superior alegría de verle afligido volver, o bien así como «el águila que provoca a vuelo a su aguililla», que primero lo toma sobre sí y en la altura del espacio con movimiento raudo déjala caer, para que el instinto la obligue a defenderse con sus alitas, dispuesta el águila a recogerla si el cansancio la hiciese peligrar.

Allí es, en el centro gloriosísimo del «Castillo» mágico, donde «desata Dios los manantiales de las aguas,» que la cierva herida soñó y ahora bebe feliz, frescas y cristalinas. Allí tiene el Rey su tabernáculo de oro. Allí resplandece fuerte y electrizante su Belleza. Allí se muestra El, muy a semejanza como en la Gloria, pues una holanda parece su vestidura.» Allí este divino Esposo quita «las escamas de los ojos» de la esposa y la embellece sobremanera y Se la une íntimamente con unión estrechísima de amor y sin que se confundan, pues tal no puede acaecer ni en la visión beatífica del cielo, ni en la misma unión hipostática de las dos naturalezas de Jesucristo. Esposo y esposa se acercan y se penetran en el amarse, «como dos velas que se juntasen tan en extremo que toda luz fuese una» o «como si un arroyico pequeño entra en la mar.» Allí el silencio y la paz. Allí, la paloma con el ramo de olivo en el pico, señal de que halló «tierra firme dentro las aguas y tem-

pestades de este mundo.» Allí el penúltimo peldaño de la escala de Jacob. Allí los éxtasis, los raptos, las tinieblas nacidas de la fuerza de la luz, las locuras del único sublime amor. Allí...

Los moldes perseveran. Ansias del corazón

Desconozco los orígenes de la conseja popular. La oí muchas veces: «Dios hizo una Santa Teresa de Jesús y rompió después los moldes.»

O la conseja es un bello mentir, o tengo yo un torpe pensar.

No tolero que nadie me adelante en la admiración por la insigne Doctora. La tengo por un alarde de la Sabiduría y de la Caridad de Dios. Pero tengo también de Dios mi concepción cristiana y aunque pobre y humilde teológica. Ella me enseña que después de todos los prodigios estupendos imaginables, su adorable e infinita Virtud persevera inexhausta. Nadie ni nada la podría agotar.

¿Qué significa entonces el dicho popular? ¿Que la naturaleza humana no dará de sí para otro milagro semejante de endiosamiento y de Mística? ¡Pobre naturaleza nuestra! Lo que ella puede ofrecer siempre fué escaso y en eso se ostenta y brilla precisamente la augusta Omnipotencia, que levanta si le place la ruindad del polvo a la hermosura de los arcángeles gloriosos.

Pongan los hombres, con el barro de su ser, a la disposición divina aquello poco que pueden, la cooperación humilde y rendida de su voluntad, y se verá si los moldes están rotos, o si hay por el contrario moldes para hacer otras Teresas de Jesús y otros D. Felipe II y Duque de Alba y Fray Luis de León y Juan de la Cruz y Pedro de Alcántara...

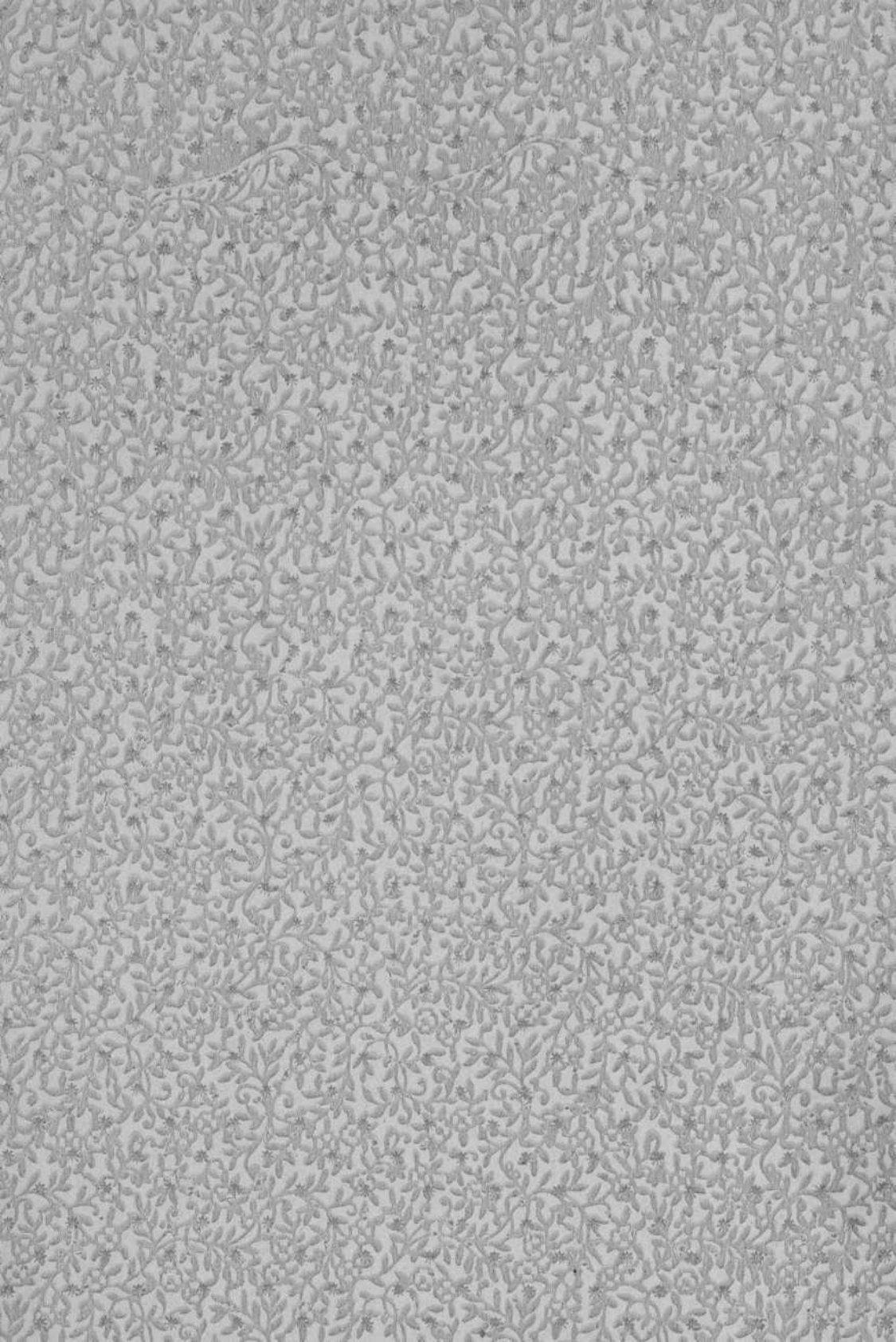
¡Pluguiera a Dios que nuestras culpas individuales y sociales no retardaran los designios de su Misericordia sobre nosotros! Viérase entonces resurgir la raza de los destinos grandes, y nuevos gigantes pondrían otra vez a la veneración del mundo el nombre y el estandarte de España.

Estos son mis anhelos; estas mis ansias. A estas mis plegarias se enderezan. A esto conspira la obra religioso-patriótica que realizan las nobilísimas damas de Barcelona. A esto han de tender cuantos se tengan, en el actual momento histórico, sobremanera trágico y solemne, por españoles conscientes.....

¿Qué podrá ser? ¿Que la labor fracasa? ¿Que la persecución nos envuelve? ¿Que la necedad se burla de nosotros? Siempre nos quedará recurso para replegarnos a nuestro interior y oír allí como voz consoladora de serafín la letrilla de la Doctora Mística:

«Nada te turbe,
nada te espante,
quien a Dios tiene
nada le falta.
¡Sólo Dios basta!»

Francisco Frutos, Pbro.



MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

SECCIÓN III

Libros escritos exclusivamente sobre Santa Teresa de Jesús.

Número.....	1493	Precio de la obra.....	Ptas.
Estante.....	11	Precio de adquisición. »
Tabla.....	2	Valoración actual.....	»

12

1473